

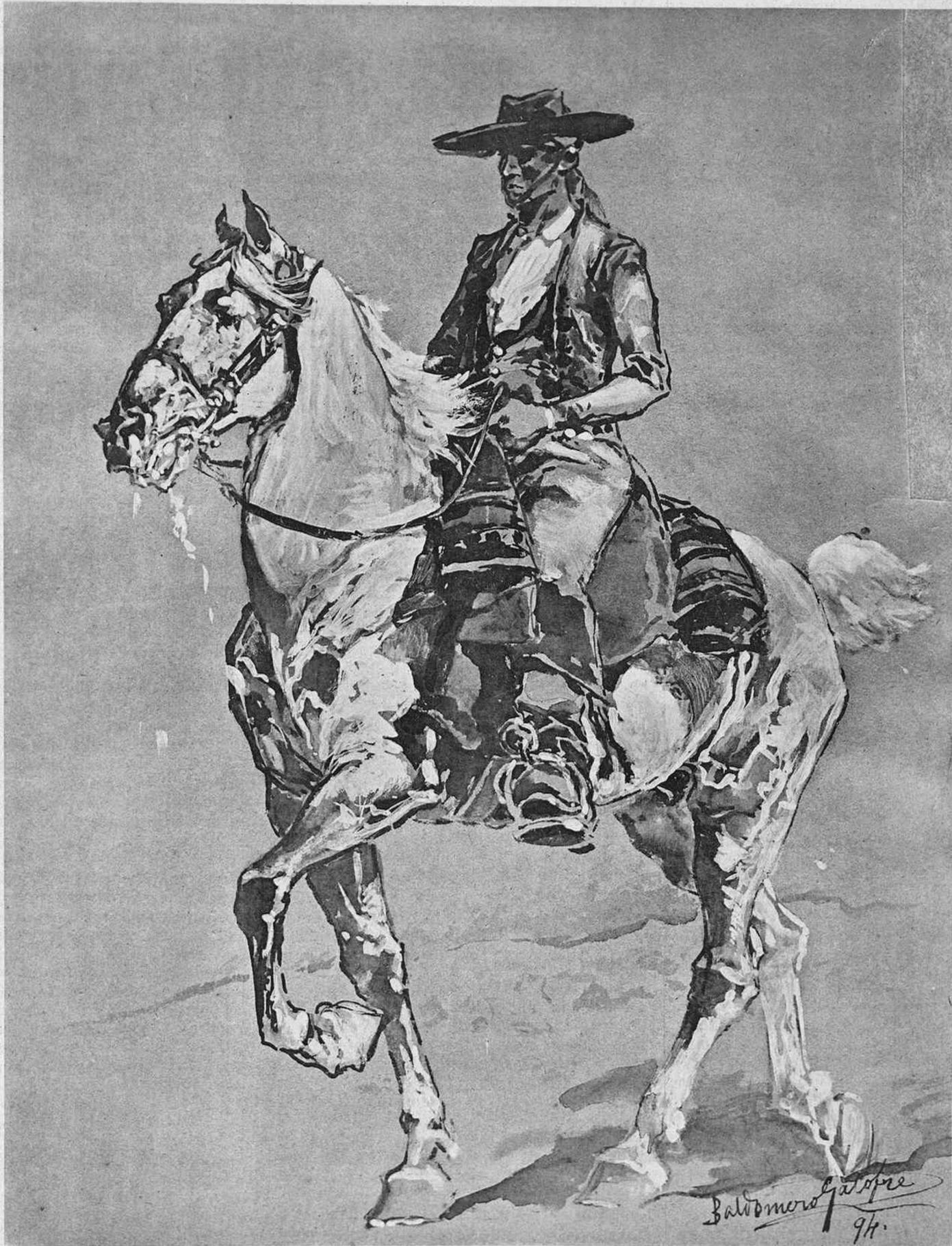
La Ilustración Artística

AÑO XIV

← BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1895 →

NÚM. 729

Con el próximo número repartiremos el tomo tercero de «América. Historia de su colonización, dominación é independencia.»



VAQUERO, dibujo original de Baldomero Galofre

ADVERTENCIA

Consecuentes en nuestro propósito de dar al primer número de cada año de *La Ilustración Artística* un carácter original é interesante, dedicaremos el correspondiente á 1.º de Enero de 1896 á todos los jefes de Estado europeos y americanos que lo han sido en lo que va del presente siglo.

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos en los Estados de Europa y América, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas americanas. Gracias á ello, podemos ofrecer un número de verdadera importancia por su interés histórico y artístico, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Tata*, por R. Monner Sanz. — *Semblanza. Eduardo Zamacois*, por R. Balsa de la Vega. — *María Antonia. Narración mexicana*, por P. Sañudo Aufrán. — *Exposición regional filipina*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Abandonada*, novela (continuación). — *Nueva casa consistorial de Morley.* — *Miscelánea.*
Grabados. — *Vaquero*, dibujo original de Baldomero Galofre. — *Eduardo Zamacois.* — *Juramento de venganza*, dibujo de R. Catón Woodville. — *Exposición regional de Filipinas*, seis grabados tomados de fotografías. — *Sevilla. Parroquia de Santa Catalina*, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — *La abonada del 7*, dibujo de Méndez Bringa. — *Lápidas conmemorativas del restablecimiento del obispado de Solsona.* — *Desengaño*, cuadro de Pedro Sáenz. — *Nueva Casa Consistorial inaugurada en Morley.* — *La pequeña ambiciosa*, grupo en yeso de José Alcoverro.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Muertos y muertos. — Barthelemy Saint-Hilaire. — Sus estudios orientales. — Su traducción de Aristóteles. — Paralelo entre Barthelemy Saint-Hilaire y Challemeil Lacour. — Resurrección de este último. — Dumas hijo. — Benevolencia universal. — Influjo de Dumas en las letras contemporáneas. — Su ingenio. — Su mérito capital. — Reflexiones. — Conclusión.

Muy tristes habrán de ser estas crónicas, porque muy entristecido se halla el corazón. La muerte se dilata como un océano de sombras por lo infinito; y los mundos parecen piedras caídas en sus abismos, y los soles pavesas parecen extinguidos á sus hálitos. No me asusta que la muerte nos rodee por todas partes, y que cada planeta se nos presente como isla rodeada del silencio y del vacío. Pero sí me apenan las almas que van delante de nosotros como luctuosas evaporaciones y la procesión de ataúdes que nos precede camino de la eternidad. El sobrevivir á tantas personas queridas en este mundo y el aguardar por espacio tan largo reunirnos con ellas en el otro, entristecen y asombran los últimos días de nuestra vida. Tres grandes publicistas y escritores acaban de morir ahora, Saint-Hilaire, Dumas, Lacour. Al segundo nunca lo traté; por casualidad me vi con él casa de Legouvé, cierta velada en que daba el insigne autor de *Adriana Lecouvreur* una recepción y una comida en mi obsequio el año 75. Ni antes lo vi, ni después he vuelto á verlo. Pero Saint-Hilaire y Challemeil eran de mis mejores amigos. Conocí al uno casa de Thiers, al otro casa de Gambetta, en aquellos altísimos sitios, donde se tocaban las cumbres del humano espíritu y absorbía uno por todos sus poros el éter de las grandes ideas. Los dos eran más filósofos que políticos, volviendo el uno su pensamiento al mundo antiguo, á Grecia y la India; mientras el otro al mundo moderno, á Inglaterra y Alemania. Saint-Hilaire era un benedictino por la paciencia en el estudio; Challemeil un pensador genial por la copia de ideas y la bella forma en que solía encerrarlas, así cuando hablaba como cuando escribía. Mientras Saint-Hilaire había estudiado á Buda con Mahoma, traducido todo Aristóteles y una parte de Platón; Lacour escribía y hablaba como si estuviese conversando con Schopenhauer y con Hegel. En Filosofía siguió al comienzo de su vida Saint-Hilaire las teorías de Cousin; y en política siguió al fin de su vida las ideas de Thiers. Challemeil siguió en ciencias la filosofía germánica, sin enajenarle su propia substantividad; y en política fué un devoto de Gambetta, por tal modo, que algunos le consultaban, tras la muerte del jefe, como si éste le transmitiera su pensamiento, cual á un oráculo, desde la eternidad.

¡Qué colosal obra la traducción de Aristóteles por Saint-Hilaire! Platón es el espíritu de Sócrates dilatándose en Dios, como Aristóteles el espíritu de Sócrates dilatándose en la naturaleza. Nada más común que tener al gran Aristóteles por sensualista; nada más distante de la inteligencia del filósofo. Es cierto que Aristóteles combate las ideas de Platón; mas las combate por creerlas indeterminadas, sobre todo porque arranca del espíritu aquello que es peculiar al espíritu, á su índole y naturaleza. Las categorías, en que

muestra cómo las cualidades de los seres principalmente se hallan en nuestro espíritu, son más fieles al pensamiento de Sócrates que las mismas ideas platonianas. Aquella ecuación de la idea y del objeto, que es el sentido que la verdad en Aristóteles tiene; aquel sistema de la construcción de las cosas por sus nociones; la inteligencia del alma; la unidad que da él á su física; sus consideraciones sobre la naturaleza, cuyas leyes aparta cuidadosamente del acaso y de lo fortuito; su distinción entre el alma y el cuerpo como entre Dios y el mundo; la inmortalidad reconocida en lo que llama espíritu nacional; su estudio de la sensación y de la idea; su profunda comprensión del pensamiento; estos y otros muchos dogmas aristotélicos dicen y enseñan que tan grande filósofo era fiel, muy fiel á la doctrina de Sócrates. Así, es la filosofía de Aristóteles como el testamento de la idea clásica recogido luego por Santo Tomás en el gran siglo católico de la Edad media y hecho base fundamental de toda la teología romana. Parece imposible que un hombre solo conciba obra tan vasta como la obra de Aristóteles; y parece imposible que un hombre solo pueda traducirla.

Al entrar en este punto de mi revista, encuéntrame con un resucitado y redivivo, Challemeil Lacour. Hase muerto un vicepresidente del Senado con apellido muy análogo al suyo; y una telegráfica equivocación de las agencias hizo que nos equivocásemos todos. No borro lo escrito arriba sobre la persona de Lacour, pues da idea del grande pensador, á quien creíamos ya muerto, y como muerto hemos llorado. Así que he sabido la equivocación, he puesto el telegrama siguiente: «Challemeil Lacour, presidente Senado, París. Me regocija tanto la noticia de su resurrección cuanto me apenó la noticia de su muerte. — Castelar.» Quien ha muerto de veras y está pudriendo tierra ya es Alejandro Dumas hijo. El mundo no le ha quitado nunca este último carácter, porque cualquiera que haya sido su altura, junto al padre, al coloso, eternamente parecerá diminuto y pequeño. ¡Qué grande hombre Alejandro Dumas primero! Decimos que vivir es cosa triste, y sin embargo tenemos como un don preciosísimo en nuestra memoria el recuerdo de los primeros días de nuestra vida. Y el gran Dumas ha formado con sus libros como integrante factor del período de la infancia en mi generación. La curiosidad es característica de los niños civilizados, como la indiferencia de los niños salvajes. Y á esta curiosidad de la niñez, que dura por toda una vida, se dirigió Alejandro Dumas, logrando, según lo hercúleo de sus trabajos y lo numeroso de sus obras, favor tal en el público europeo y americano, que su nombre solo constituye un ciclo literario entero. Cuando estaba en el apogeo de su gloria, en el período creador suyo, escribiendo á la vez diez novelas y llenando los folletines del orbe con sus cuartillas, que caían sobre las prensas como caen copos de nieve desde las pardas nubes invernales, yo devoraba los *Tres Mosqueteros*, pésimamente traducidos al español, y puestos como cebo de suscripción en las columnas del *Heraldo*. Nunca olvidaré la profundísima huella que dejara en mi ánimo semejante obra. Los personajes mostraban tal relieve que yo los veía, les hablaba, distinguía sus facciones y caracteres; los comparaba con los personajes del mundo real circunstantes por mí conocidos y tratados. El interés de tal extraño libro crecía, según iba yo aumentando la lectura, por tal modo, que de folletín á folletín me poseía y dominaba una febril impaciencia, esperando, tras las aventuras leídas, las aventuras venideras, como si hubiesen atañido á una persona querida con la cual me ligase amistad ó parentesco, pues así penetraban en el corazón y concluían por hacer parte íntima del alma. Indudablemente no se podía buscar en Alejandro Dumas lo que halláis en otros escritores, quizás de principal y primer orden: la idea. Esos análisis del pensamiento y del corazón humanos, que llegan á convertir en libro de filosofía una novela de Balzac, no son propios del alado y ligero espíritu de Dumas. Balzac entra en el mundo como un verdadero naturalista en los campos, con el antejo á la mano, el alfiler entre los dedos para disecar los insectillos, el propósito en la voluntad de una observación profunda y de un estudio científico. Dumas entra en el mundo como un verdadero sátiro en los campos, con el propósito de tenderse á la bartola después de correr tras las ninfas, devorar las uvas que cuelgan de cepas y parras, beber vino hasta la embriaguez, holgarse con todo hasta el delirio, divertirse hasta el aturdimiento. Dumas padre personificaba el desorden; Dumas hijo todo el orden. La espontaneidad brota en aquél, mientras la reflexión rigiera siempre á éste. Improvisaba el uno, entregándose á sus sueños; y producía el otro con inmensa concentración en sí mismo,

acompañada de un prolijo trabajo y de un profundo estudio. A Dumas padre debe llamársele un genio; á Dumas hijo debe llamársele un ingenio. La inspiración brotaba del padre á borbotones; la frase muy perfilada, tras un cincelado larguísimo, producía el heredero á la manera que pulían y esmaltaban y engarzaban en una especie de alicatados áureos los joyeros del Renacimiento. Los tipos de Dumas padre tenían vida y robustez; casi todos los tipos del hijo adolecen de una grande anemia, como su famosa *Margarita Gauthier*. Pensaba y sentía más que su padre Alejandro Dumas hijo; creaba y producía menos. Convencido profundamente de que á su padre le habían faltado para hombrearse con Víctor Hugo y Lamartine y Musset el pensamiento y el estilo, pensó mucho; escribió en una forma que llegó á ser clásica dentro de su patria y cuyo precio se quilata en la estimación que le han dado los escritores franceses, todos á una, escribiendo sus recientes necrologías. Para mí su principal facultad estaba en una ironía verdaderamente ática, por la cual descollaba entre todos; y en un estilo tan castigado y tan sobrio y tan castizo, que le dió una palma semejante á la palma de Renán en todo lo relativo á expresión y á lenguaje. Pero los dramas, excepto su *Dama de las camelias*, donde hay mucho sentimiento, generador de mucha emoción, me parecen novelas dialogadas, en que las disertaciones abundan y escasean interés y acción. Con esto, y con todo, se ha extinguido un astro de primera magnitud en el cielo de las letras.

Madrid, 9 de noviembre de 1895.

TATA

No es un nombre propio, como pudieran creer algunos peninsulares, el que sirve de epígrafe á estas líneas; es un sustantivo común, con vehementes y justificables deseos de ocupar su sitio en el Diccionario oficial. Esta voz, de uso muy corriente en estos países, es sinónima de padre. Es una expresión cariñosísima que emplean por estas tierras el vulgo y las gentes que no son vulgo.

Estudiando la palabra, dice Magariños Cervantes en su vocabulario *Rioplatense* que, según Pineda, *Agricrist, tata* es una transformación sin duda de *taita*, que así como *mama*, era lo primero que antiguamente (?) aprendían á decir á sus padres los niños. Y añade el mencionado Magariños que en quichua al padre le llaman *tata*, cuya raíz *tat* indica expresión de cariño. De donde se deduce que *taita*, diminutivo de *tata*, y que ya figura en el Diccionario, será tan bonito como *mamita* y de un parentesco indiscutible, y que figura en la hermosa lengua quichua.

Trataremos de ampliar lo dicho por tan estudioso autor. Desde luego, y conforme acabamos de apuntar, nos parece tan hermoso *taita* como *mamita* y por consiguiente tan lógicos *tata* como *mama*. El niño al comenzar á hablar tiene tendencia á servirse de sílabas en que entren vocales fuertes, y así le oímos *mama, rorro, nana, tata*, y pocas veces *tío, vino*, etc., y si á la madre la llama *mama*, ¿por qué no papa ó *tata* al padre? Papa figura en el léxico oficial, no así *tata*. Pero en cambio encuentro en él dos parientes suyos muy cercanos, *taita* y *tato*, este último vocablo digno de llamar nuestra atención por su significado. Dice la Academia: «*Tato*, hermano pequeño;» luego *tata* puede ser en Aragón hermana pequeña, y de hermana á padre la distancia no es mucha. Ya sé que me pueden argüir que *tata* es femenino, á lo que replicaría con una verdad de Perogrullo, y es que no todos los terminados en *a* son femeninos; ejemplos, sin salirnos de la cuestión, *papa* y *taita*.

La voz *tata*, si bien no figura en nuestro Diccionario, no es desconocida en uno de los idiomas romances de Europa, en el valaco. En esa lengua, derivada como la nuestra del latín, padre es *tata*. De manera que etimológicamente encontramos el vocablo en los idiomas quichua y valaco, y si la emplean en la República Argentina, y su formación ideológica es justa por parecerse á *mama*, y su derivación razonable por proceder del quichua y no pugnar con la estructura de los idiomas romances, ya que figura en el valaco y en el *Diccionario de la Academia* se registran *tato* y *taita*, ¿por qué no incluir *tata* en el léxico oficial?

Otra voz parecida registra la Academia, *nana*, niñera ó nodriza, en Méjico, palabra que con *mama, papa, rorro*, etc. (que figuran en el Diccionario), por su simplicidad constituyen el reducidísimo vocabulario del niño que comienza á hablar.

Por estas ligerísimas razones me atrevo á proponer que la palabra *tata*, con la nota si se quiere de pr. Arg., se incluya en la próxima edición del *Diccionario de la Real Academia*.

R. MONNER SANZ

Buenos Aires, octubre de 1895.



SEMBLANZA

Del pintor voy á ocuparme; del chispeante artista que pintó de modo maravilloso *La educación de un príncipe*, *Jaque á la reina* y tantos otros cuadros de género, no superados por nadie, ni en la intención, ni en la gracia, ni en la vida con que aparecen trazadas las figuras, ni en el colorido, y (perdónenme los que así no piensen) ni en el dibujo tampoco. Sí; de Eduardo Zamacois, olvidado, ó casi olvidado — cual acontece á Valeriano Bécquer — de los artistas del día, de nuestros críticos, quienes á la continua nos hacen trabar conocimientos nuevos, con rapsodistas extranjeros de nuestros aficionados, y en fin, de cuantos pasan por amantes del arte pictórico español de pura raza.

En el Museo Nacional existe un cuadro de Zamacois, que Meissonier admiró. Titúlase *Los mendicantes*; dos frailes de la orden franciscana, uno de los cuales lleva del ronzal á un burro blanco, maravillosamente hecho, cargado con amplias alforjas repletas de aves y comestibles. Ambos frailes se inclinan ante unos caballeros del siglo xvii, que á la puerta de un mesón están, y que devuelven cumplidamente el saludo á los hijos de San Francisco quitándose con cierta socarronería los amplios chambergos. Esta escena de deliciosa sencillez, de factura prodigiosa, de colorido fresco y brillante, sin que por eso pueda tildarse — ni por asomos — de «colorinista», está desarrollada en una tablita que escasamente medirá veinte centímetros por doce ó catorce de alto. Que yo sepa, es la única esta obra que posee el Estado del pincel inmortal de Zamacois. Por eso la recuerdo aquí.

Permitidme que antes de relatar algunas de las anécdotas que esmaltan la vida del insigne pintor, diga algo que hace mucho tiempo vengo sintiendo deseos de decir, en periódico como LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dedicado exclusivamente á poner de relieve el valor y la importancia del arte contemporáneo. Pudiera suceder que el deseo de que hablo, por fuerza de las circunstancias no me fuese posible desarrollarlo en años; quizás nunca. Y este deseo es, que plumas de tanto prestigio como la de Balart, de Picón ó de algún otro crítico notable é historiógrafo de arte acometa la empresa de hacer una *Historia de la pintura contemporánea*, con el fin, no solamente patriótico, de aquilatar la importancia de nuestro senso en este concepto, sino también con el de arrancar del olvido en que yacen á pintores de tanta valía como aquel cuyo nombre va al frente de este artículo.

Porque yo he aprendido que así como en todas las ramas del saber humano se viene señalando una tendencia (que no habré de calificar ahora) en favor de doctrinas exclusivas de escuela, con objeto de saber á punto fijo la importancia que en el desenvolvimiento de la cultura alcanzada en estos últimos años del siglo xix han tenido las naciones, cada una de por sí, así también nosotros, al igual que Menéndez Pelayo al hacer ese «balance» en sus *Ensayos sobre filosofía*, y especialmente al recabar para España el prekantismo y el preescepticismo filosófico, arrancando del obscuro fondo del cuadro del saber nacional, en los siglos xv y xvi, figuras de la talla de Vives, de Francisco Sánchez, de Fox, Morcillo y de otros filósofos, debemos recabar en el mundo del arte los puestos que en él por derecho nos corresponden, á fin de que se dé á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; pues parece cosa aceptada

ya la de tener como novísimas manifestaciones tendencias é ideas artísticas — concretando — pictóricas, ideas, tendencias y manifestaciones que en España se han producido, cuando no eran sospechadas por nadie en el resto de Europa.

Y dicho lo que antecede, vamos con Zamacois.

Cuando no contaba muchos días más de los veinte años, encaminóse á París, con objeto de entrar, como discípulo, en el taller de Meissonier, quien á la sazón llenaba el mundo artístico con sus cuadros de la «epopeya napoleónica.» Presentóse Eduardo Zamacois, ó le presentaron — que con esto no andan conformes las historias, — al célebre pintor. Meissonier hizo que le mostrase algún trabajo, pues no quería admitir á ningún aprendiz, sino discípulos que tuviesen ya ciertos conocimientos superiores; en una palabra, Meissonier hizo entender á nuestro compatriota que solamente admitía artistas en su taller que no tuviesen necesidad de otra enseñanza que la de una educación estética elevada. Zamacois le mostró un cuadro que representaba á unos caballeros del siglo xvi, escoltando una carroza de viaje. Largo tiempo estuvo el autor de *La retirada de Rusia* contemplando el cuadro del que solicitaba su dirección. Al fin, exclamó el célebre pintor, mirando alternativamente al cuadro y á Zamacois:

— Pero ¿qué es lo que usted quiere que yo le enseñe?

Comenzó á trabajar nuestro compatriota bajo la investigadora mirada de Meissonier, quien, hablando con varios colegas suyos y con ilustres críticos (Paul de Saint-Víctor uno de ellos), profetizaba días de gloria para Zamacois. Así estuvo sometido á la autoridad artística del gran pintor francés durante algún tiempo; pero al cabo se comenzó á impacientarse con las observaciones del maestro, quien pretendía dirigirle por derroteros que no sentía el discípulo. Zamacois antes que nada era un pintor de costumbres, epigramático muchas veces, hasta lindar con la irreverencia á ciertas clases para las cuales Meissonier tenía grandes miramientos. Cierto día Meissonier, malhumorado, advirtió al discípulo algo secamente respecto de sus tendencias, y entonces, con toda la vivacidad y el gracejo de su temperamento meridional, replicó el discípulo:

— ¿Qué se me importa de las glorias nacionales, ni de las de todos esos caballeros hinchados de vanidad, que á vos tanto os seducen? ¡Pardiez, que va para pintar lo que se me antoje no necesito consejos!

Y dando media vuelta abandonó el taller de Meissonier.

De regreso de su viaje á Roma se le ocurrió pintar un cuadro, que, como los titulados *El bufón del rey* y *La educación de un príncipe*, obtuvo un éxito grande. Los tales cuadros son cada uno una sátira cruel, casi una venganza de otros tantos sucesos que le caecieron. Helos aquí, como me los han referido amigos que fueron y colegas del pintor.

Hallábase Zamacois (no recuerdo si en Possilipo) en ocasión en que no andaba muy abundante de dinero, y con el fin de ahorrarse el hospedaje lo pidió en un convento de franciscanos allí existente. Los frailes le acogieron y le señalaron una celda en la hospedería, donde por todo ajuar había un catre de tablas y un banco.

En vano esperó Zamacois la hora en que le llamasen al refectorio. Llega la noche, y el artista tenía un hambre terrible. Decidióse á pedir algo de comer, y el hermano que le abría la puerta del convento, después de varias idas y venidas, le condujo al refectorio, y sobre la pulida mesa de roble le puso una escudilla con un líquido compuesto de agua, sal y aceite, en el que nadaban unos cuantos mendrugos.

— Vivimos de la limosna, díjole el fraile reparan-

do en el gesto de Zamacois. Nuestra orden es muy estrecha.

Hizo el artista — como dice la frase vulgar — de tripas corazón, y se echó al colete aquello; pero á la madrugada el aceite le produjo la operación de todo laxante y pasó el resto de la noche en continuo movimiento. Al día siguiente por la mañana, sin dar los buenos días á nadie, Zamacois abandonó el convento, con doble ración de hambre. Pero cátese que cuando iba camino de la población, y después de haber almorzado mediante unos cuantos sueldos en un ventorrillo, se encuentra á uno de los frailes del convento en donde pernoctara, muy atareado en desatascar un burro que llevaba las artolas repletas de legumbres, jamones, aves, etc., recogidas durante la mañana en los contornos y en la villa inmediata. La venganza del artista fué pintar el cuadro titulado *Vuelta al convento*, que representa de un modo picante y todo lo cómico que puede suponerse la escena del atasco del jumento; el pintor hizo un prodigio. La figura del fraile sudorosa, luchando á brazo partido con el burro que no quiere continuar el camino, arrancó una carcajada á la crítica parisiense.

El bufón del rey recuerda otra anécdota, y la cara del bufón, la de un personaje español muerto hace bastantes años. Cuentan que hallándose Zamacois en Madrid, hubo de ser recomendado por alguien al personaje aludido, el cual gozaba en palacio de gran predicamento, por los chistes y *chismes* con que regalaba la tertulia regia. Presentóse nuestro pintor (entonces era todavía un jovencillo) varias veces en la casa del magnate, hasta que logró ser recibido por éste. Miró el gran señor, dándose aires de suficiencia, un cuadro que el principiante llevaba para la venta (pues éste era el motivo de la visita), y después de dirigirle varias cuchufletas concluyó por devolverlo. A Eduardo Zamacois no se le podía olvidar suceso que tan vivamente le hiriera en sus ilusiones, y años más tarde, cuando ya gozaba en París de gran nombradía, decidió pintar el cuadro arriba citado. Para esto hizo un viaje á Madrid, con objeto de llevar un apunte de la fisonomía del magnate, que no sabemos si se reconocería con los extravagantes y cómicos arreos de un bufón del siglo xvi, cuando bajo sobre recibió una copia fotográfica del cuadro, remitida á él expresamente desde la capital de Francia.

Pero el cuadro que estuvo á punto de enajenarle la voluntad de la aristocracia francesa, como le enajenó la de la española, hasta el punto de que no hay ninguna familia del gran mundo de la nobleza nuestra que cuente (que yo sepa) una sola obra de Zamacois, fué la terrible y sangrienta burla titulada *La educación de un príncipe*. Bajo los trajes de casacón, y bajo las pelucas, algunos maliciosos han querido reconocer ciertos personajes de la corte de Isabel II. Yo confieso ingenuamente que lo único que en ese cuadro reconozco es el lugar de la escena, uno de los salones del palacio de Oriente, y al propio tiempo la gran fuerza cómica con que están fustigados el servilismo cortesano y la adulación palaciega.

* *

Como su hermano el notable actor cómico Ricardo, Eduardo era uno de esos caracteres burlones, graciosos y llenos de humorismo picante. De vuelta en París de uno de sus viajes á España, otro artista, no menos digno de ser recordado, Rui-Pérez, le pidió noticias de los conocidos y de la marcha del arte aquí.

— Una desolación enorme, chico; aquello está perdido.

— Explícate.

— Figúrate que voy en busca de Fulano y me dicen que se había fugado de Madrid por la cuestión de las barricadas. Pregunto por Zutano, y como Olózaga le había dado *bombo* por su último cuadro, tuvo que poner pies en polvorosa, porque si lo pescan lo revientan. Dirijo mis pasos a casa de Mengano y lo encuentro muy entretenido... Vaya, ¿apostamos algo a que no aciertas en qué estaba entretenido Mengano?

— Supongo que en pintar.

— ¿Ves?, pues supones mal. Estaba entretenido en buscar un *asuntillo* de *actualidad* para pintar un cuadro.

— ¿Qué es eso de *actualidad*?, interroga Rui-Pérez.

— La *alfalfa espiritual* del padre Claret. Porque la *alfalfa* es ahora el plato favorito de nuestros compatriotas.

* * *

— ¿Qué es lo que está usted pintando?, le pregunta nuestro embajador en París, cierto día que lo encontró en uno de los *salones*.

— Chist.. Nada de importancia; frailes.

* * *

La muerte apagó aquella inteligencia superior, cuando estaba en plena juventud. Una tisis laríngea lo llevó al sepulcro a los treinta y un años. En los comienzos de la enfermedad, que hizo su estrago rápidamente, Zamacois se puso afónico, hasta el grado de tener que hacer grandes esfuerzos para que le entendiesen. Un día fué a su taller ó estudio — que según tengo entendido, lo tenía en unión del pintor francés Vibert — un caballero viejo, desconocido de Zamacois. Después de las cortesías de rúbrica, el visitante le expuso el objeto de su visita, que no era otro que el de encargarle que le pintase un cuadro.

Zamacois le preguntó si había de ser con asunto determinado, ó si quería que él hiciese lo que le pareciera.

El caballero miraba fijamente para el artista, pero sin contestarle una palabra. Vuelve Zamacois a hacerle la pregunta, y entonces el caballero, poniéndose la mano en forma de pabellón en la oreja derecha, le dice:

— Haga usted el favor de hablar un poco más alto, porque soy algo corto de oído.

Zamacois echa mano a un lápiz, y sacando la cartera escribió la pregunta en el revés de una carta y se la entregó a su interlocutor. Éste, en lugar de leer lo que el artista había escrito, se queda mirando unas cuantas palabras trazadas en el comienzo de la carta y firmadas por una mujer. Como una centella de rápido se levanta el caballero, y sin cuidarse de la mirada de cólera y de asombro que Zamacois le echó al ver su indiscreción, coge el sombrero y se dirige hacia la puerta, diciéndole:

— ¡Nos veremos! ¡Ahora vuelvo!

Zamacois salió tras de aquel hombre, que llevaba pintada la indignación en el rostro, y sujetándolo por donde pudo, le dice con su voz de ronquillo:

— ¡Devuélvame usted esa carta, ó le lleno la cara de bofetadas!

Pero el otro, que no le entendía, repuso muy emocionado:

— Vuelvo, vuelvo. Tengo pendiente una cuenta con usted, que saldará pronto. ¡Soy el esposo de esta señora!..

Zamacois, al oír esto, se dió una palmada en la frente, y sin soltar al enojado marido, exclamó:

— ¡Qué idea!

Y haciendo un esfuerzo colosal le grita:

— ¡Ya tengo asunto para el cuadro!

Al otro día le escribía una carta, diciéndole: «Por haberse ausentado usted tan inopinadamente, no pude explicarle el asunto del cuadro que usted quiere. Lo titularé *Revelación*, y le pondré a usted mirándose en el espejo de su tocador.»

Probablemente habrán visto mis lectores reproducciones fotográficas de este cuadro, uno de los últimos que pintó Eduardo Zamacois.

¡Si non é vero!..

R. Balsa de la Vega

MARÍA ANTONIA

NARRACIÓN MEJICANA

Méjico es uno de los países americanos de mayores grandezas.

Sus campos dilatados y fértiles, ya presentan montañas cuyos picos parecieran llegar a lo más alto del firmamento, ya las llanuras que conciben para sus lienzos los pintores cuando quieren copiar un paisaje idealizado por la suavidad de tonos de una planicie, ya los metales más preciosos, que se presentan como

ricos veneros, á poco que se ahonde en la tierra ó se escudriñen las arenas de algunos ríos.

Imperio poderoso antes de la conquista, patria de aquellos tlascaltecas tan justamente fantaseados por la poesía heroica de nuestros vates, inspiración fecundísima de Zorrilla, leyenda soñada, República patriótica, nación de viriles empujes, asiento de las soberanas del aire, atmósfera de atracciones indefinibles, Méjico tiene los encantos reales de una naturaleza privilegiada y los que en el alma se sienten por su historia gloriosa, sus tradiciones interesantes y su carácter propio, exclusivo y verdaderamente admirable.

Luchó contra los que perturbaban el orden, rechazó la invasión de un ejército poderoso reconquistando su independencia, y ha sido de los primeros países de la América española que ha planteado industrias y abierto fábricas.

Cuanto pudiéramos decir de esta tierra hermosísima fuera pálido ante la majestad del valle de Otumba, el panorama espléndido de Orizaba, las aguas de Uzamacinta, las de Tabasco, el pintoresco Chapultepec, residencia favorita de Moctezuma, los alrededores de Méjico y las mismas agrestes fronteras de los Estados Unidos, donde se encuentran todavía indios en estado salvaje, especie de partidas de bandoleros con las que riñen de continuo combates más ó menos encarnizados las tropas del gobierno en combinación muchas veces con las del vecino país, montadas por aquellos parajes en pie de guerra.

Hasta allí quiero llevar con el pensamiento a nuestros lectores, adonde verán en un grupo de gente extraña, mezcla, como hemos dicho, de bandidos é indios con los rostros cobrizos tostados por los rayos del sol, á una muchacha de veinte años, tipo bellissimo de la clase.

No pueden darse seguramente ojos más penetrantes que los suyos. Brillan como el acero, y transmiten la luz que inunda su alma criolla y que inflama su corazón, hervidero de pasiones violentas, de impresiones salvajes, de sentimientos que lo avasallan todo y que al reflejarse su ardiente mirada, atraen como la pendiente de un abismo profundo.

María Antonia era una mujer interesantísima, un ejemplar de su raza en estado nativo, un alma fiera dulcificada por un corazón hermoso; la nieve de su rudeza se deshacía en su pecho de fuego.

Vivía sin darse cuenta de su existencia; iba en pos de su gente; caminaba al azar como cuerpo extraño al que los huracanes envuelven y llevan en sus giros impetuosos de un lado á otro; atravesaba el desierto impulsada por el *simoun* de sus deudos y compañeros de pandillaje; vagaba por aquellos sitios deshabitados, por aquellos eriales inmensos, como el pétalo de una rosa que transportase el viento á un oasis.

Los suyos prepararon una sorpresa. Se trataba de apresar un rico botín. Era preciso, como siempre, jugar el todo por el todo. El que caía prisionero podía contarse ya entre los muertos.

Nunca se dió cuartel al bandolero en cuadrilla, en Méjico, ni en ningún país del mundo. Los criminales de aquellos tiempos lo eran doblemente, porque distraían fuerzas que hacían falta para defender á la patria de una invasión extranjera.

Francia luchaba por sostener en el trono de Guatimozín á un príncipe europeo, investido del cetro imperial.

Porfirio Díaz, Corona, Riva Palacio, Juárez; generales, hombres civiles, patriotas, republicanos entusiastas, hacían frente al empuje de las tropas francesas que imponían á Méjico su dominio, y con él, por ende, hasta una forma de gobierno contraria á la que en el país se estimase como la más excelente entre todas.

El rico y el pobre, el *lepero*, el hijo interesante, denodado y vivaracho del pueblo, lo mismo que el acostumbrado sólo á las indolencias y suavidades del mundo social, trocaban su vida ordinaria por la agitada de una guerra, las penurias de una campaña y los peligros de un combate sangriento, mientras que en las fronteras del Norte-América los foragidos campaban por sus respetos, sacando cuanto provecho podían de la ruda pelea que conmoviera por todas partes al país.

Atenta á su fin, devorada por la sed insaciable de la rapiña, la horda de María Antonia, cruzando desiertos, se acercaba á un camino por donde y con las precauciones que hacían al caso debían pasar algunas familias que se alejaban por allí para rehacerse en sitio más seguro de las terribles sacudidas de la guerra que ardía en la tierra mejicana.

Los ligeros caballos de purísima raza criolla, más veloces que el rayo, galopaban con brío, espoleados por sus jinetes, que con sus gritos los animaban en su marcha vertiginosa. Los pararon de pronto. Estaba á la vista la presa.

Pero una equivocación fatal para aquellos bandidos les hubiera hecho desaparecer de este mundo á todos si no hubiesen tenido la superioridad del número en aquella ocasión.

Los que venían eran sólo unos cuantos soldados, acompañando un carro en que iba un herido, á quien mucho estimaban.

La cuadrilla de salvajes se lanzó sobre ellos haciendo fuego, al que contestaron los que venían resistiendo el empuje cuanto pudieran, hasta que fueron apresados y saqueados por aquellas fieras del campo con figuras humanas.

Lo primero que decidieron fué matar al herido, por considerarlo un estorbo en la marcha.

Un hombre solo, de arrogante presencia, cubriendo con su fornido cuerpo el del infeliz doliente, logró contener con su temerario arrojo á los primeros que se acercaron, heridos por las balas certeras que disparaba con su revolver. Todos trataron de echarse sobre aquel hombre y hacerlo pedazos; pero en aquel momento una mujer que ejercía un dominio absoluto sobre aquel puñado de víboras, los detuvo con la mirada y con la acción. Adelantóse de un salto, y les dijo con un acento que subyugaba por lo terrible y lo hermosamente fascinador á un tiempo:

— Dejádmelo á mí: quiero vengar yo sola la sangre que ha vertido de nuestra sangre.

Todos, incluso aquel héroe atlético, se quedaron suspensos de las palabras de la joven, sin movimiento y silenciosos.

La que se había expresado en tales términos era María Antonia.

Y acercándose al defensor del herido, clavando en él sus ojos negros como la noche triste de Hernán Cortés, chispeantes, abrasadores, imperativos, replicó nuevamente:

— ¡Adelante todos!

— Y la siguieron al monótono ruido del carro que deslizaba sus pesadas ruedas por aquellos senderos incultos.

Guiados por María Antonia anduvieron maquinalmente hasta más de la media noche, que se internaron en un bosque espesísimo.

Pensaban los prisioneros en lo triste del fin que seguramente les tenía reservado su aciaga suerte, y los indios bandidos en el género de venganza que pudieran haber concebido el feroz caudillo, quien dispuso de pronto hacer alto, para tener una conferencia astuta con el paladín del herido, antes de arrancarle la vida y prepararle el martirio que para él había ideado con saña que se esforzaba en ponderar á los suyos, á quienes dijo que se prometía sacar mucha luz, para llevar á cabo grandes sorpresas, de aquel interrogatorio secreto.

Todos los prisioneros habían sido despojados de cuanto llevaban encima por insignificante que su valor fuera y de todas sus armas.

— Ven, le dijo María Antonia al defensor del herido, quien algo extraño, de que no podía darse cuenta, había experimentado por aquella mujer brutal, especie de hiena con deseos de embriaguez de sangre, y llevándose con la vista á su lado al mismo tiempo que arrastraba de la brida al caballo que ella montaba, le dijo en voz baja y á una distancia en que ya no eran vistos ni oídos:

— Tus balas han herido á los míos, quienes aguardan sólo á que yo vuelva para saber la especie de venganza que te he preparado después de sacarte de esta entrevista cuantas revelaciones pueda con ardis y engaños.

— ¡Y tú, según eso!..

— Quiero tu vida; quiero arrancarte ese corazón esforzado que tienes, pero no con la punta de este puñal que ciño á mi cuerpo, sino con la fiebre del sentimiento para mí monstruoso, y en el que deseo abrazar tu existencia, haciéndote el prisionero de lo que no perece jamás, de eso que nos alienta.

— Del alma, á cuyo dominio me rindo á discreción, sobre todo á una fuerza sobrenatural, á la tuya, alma grande.

— A eso, sí; á lo que quiera que sea, que yo no comprendo.

— Y ahora no hay que perder siquiera un momento. Enlazada tu vida á la mía, huyamos por este camino que yo sola conozco. Mi caballo es el más ligero de todos y el único capaz de salvar las lagunas que á la salida de aquí se encuentran. Llevaré yo las riendas.

— ¿Pero y los míos?

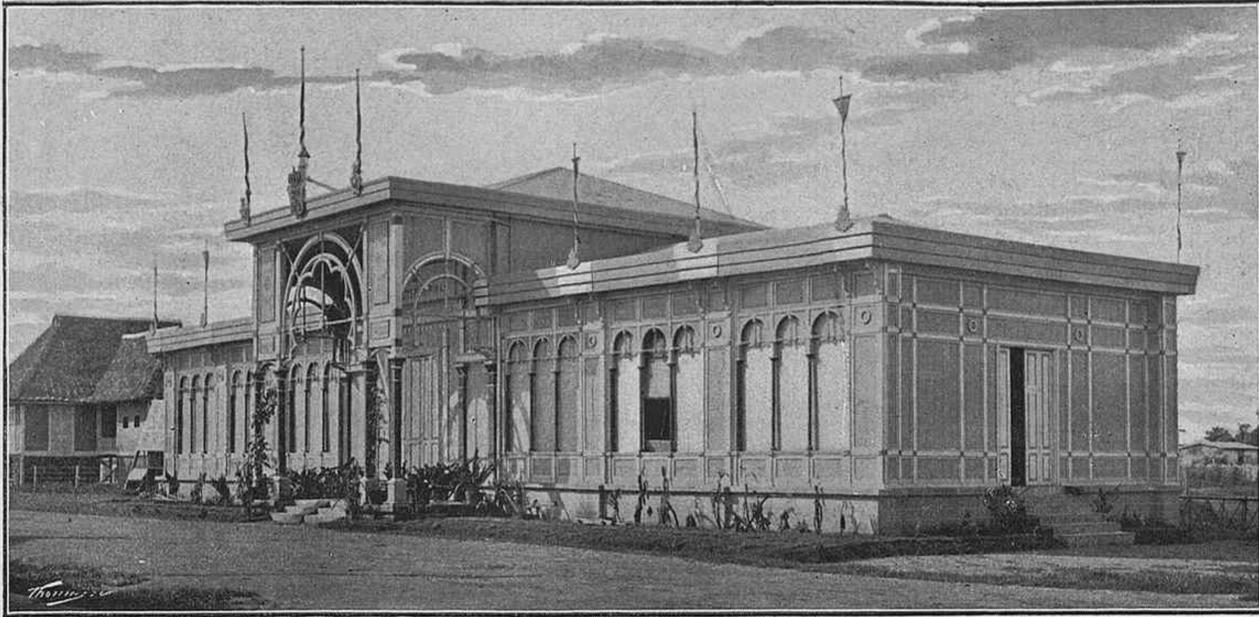
— Nuestra fuga va á proporcionarles la suya. El deseo ciego de capturarnos llevará á mi gente á seguirnos, sin fijarse por dónde van, y llegarán á sitios rodeados por todas partes de tropa, sin poder contener el ímpetu de su marcha. Los conozco perfectamente.

Y dicho y hecho.

Los dos, jinetes sobre el caballo, se encontraron



JURAMENTO DE VENGANZA, dibujo de R. Caton Woodville



EXPOSICIÓN REGIONAL DE FILIPINAS. — PABELLÓN DE LA COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. — Prohibida su reproducción)

muy pronto distantes de allí, perseguidos de lejos por la gente de María Antonia, que fué apresada por un fuerte destacamento de tropas, siendo recuperados los compañeros del que se había ido con la interesante india, incluso el herido, á quien buscaron los soldados, llevaron consigo y curaron.

Habían pasado unos cuantos meses, terminando la guerra con el drama tristísimo de Querétaro.

Los generales Miramón y Mejía y el mismo emperador Maximiliano fueron las últimas víctimas de aquella lucha encarnizada, que ha dejado recuerdo en la historia de las más empuñadas contiendas y sangrientas venganzas.

Desde el año 1793 en Francia, no se había quitado la vida á ningún príncipe de estirpe real, hasta el fusilamiento del infortunado miembro de la casa de Austria, en cuyas banderas figuran también, como en las de Méjico, ¡coincidencia extraña!, las águilas.

Méjico, el Mexitli (1) de los aztecas, estaba de gala.

Iba á tomar posesión solemnemente de la presidencia de la República un patricio ilustre, D. Benito Juárez, á quien aclamaban con gran entusiasmo en todo el país. Entre los jefes militares que iban á la recepción de la presidencia se destacaba un coronel por su apuesta figura y por llevar del brazo á una mujer elegantemente vestida, de tez morena y mirada vivísima y penetrante.

Su hermosura corría parejas con su arrogancia.

La Iglesia había bendecido el amor que aquella mujer sentía por el bizarro militar que la acompañaba.

La señora del coronel era María Antonia.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

EXPOSICIÓN REGIONAL FILIPINA

La primera Exposición regional filipina que se celebró en Manila recientemente, instalóse en el centro del pintoresco y elegante arrabal de la Ermita, entre las calzadas del Observatorio y de la Herrán, formando su superficie un cuadrilátero regular con una amplitud de cuatro hectáreas. Como Pabellón Central utilizóse el edificio de la Escuela central de Agricultura, embellecido exteriormente y en el interior debidamente modificado para que respondiese á su nuevo destino.

Enfrente y á los costados de la Escuela levantáronse el Pabellón Principal, que era el mayor edificio de la Exposición, y dos laterales, y cerca de estos edificios oficiales estaban las instalaciones del Ayuntamiento, de la Compañía general de Tabacos, del Arsenal Civil de Barcelona, de la Insular y otras que daban alegre y pintoresco

(1) Residencia del dios de la guerra.

aspecto al conjunto, que se completaba con caballerizas y jaulas para ganadería, aves domésticas y otros animales vivos y con multitud de cafés y restaurants.

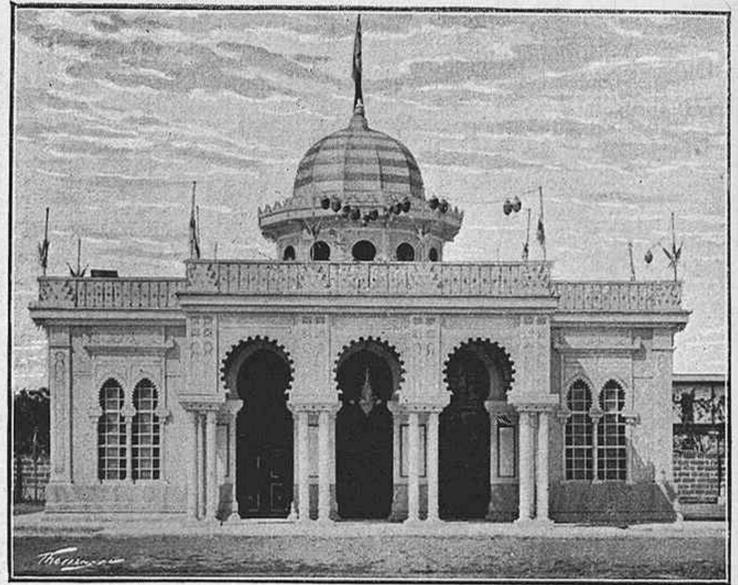
Los pabellones principal y laterales, cuyos planos trazó el ilustrado comandante de Ingenieros Sr. Marqués de Villamarín, eran de planta baja, de madera y techumbre de hierro, con esbeltos ventanales y fachadas cubiertas de pinturas policromas. Las dos fachadas del principal tenían dos pórticos que daban acceso á una rotonda central y ostentaban grandes frontones con alegorías de la Agricultura, la Industria, el Comercio y las Bellas Artes.

La Exposición comprendía siete secciones: la primera (*Orografía é Hidrografía, Geología y Seismología, Antropología y Etnografía, Minería, Metalurgia y Meteorología*) estaba instalada en el pabellón central; la segunda (*Zoología y Flora forestal*), en el pabellón lateral izquierdo; la tercera (*Agricultura, Ganadería y Aves domésticas*), en el ala derecha del pabellón principal; la cuarta (*Industria fabril y manufacturera*), en el pabellón lateral izquierdo; la quinta (*Comercio y transportes*), en el pabellón central; la sexta (*Bellas Artes* en todas sus manifestaciones), en el pabellón central también, y la séptima, que abrazaba todo lo no comprendido en las anteriores.

Entre las principales instalaciones de la exposición descollaban las del Arsenal Civil de Barcelona, de la fábrica de tabacos *La Insular* y de la Compañía general de Tabacos de Filipinas. El pabellón de esta última medía 35 metros de fachada por 10 de fondo: alzabase un metro sobre el nivel del suelo, y una escalinata conducía al interior del edificio, en donde se admiraban, además del tabaco en rama y de los productos elaborados, las múltiples máquinas para la fabricación de cigarros y cigarrillos.

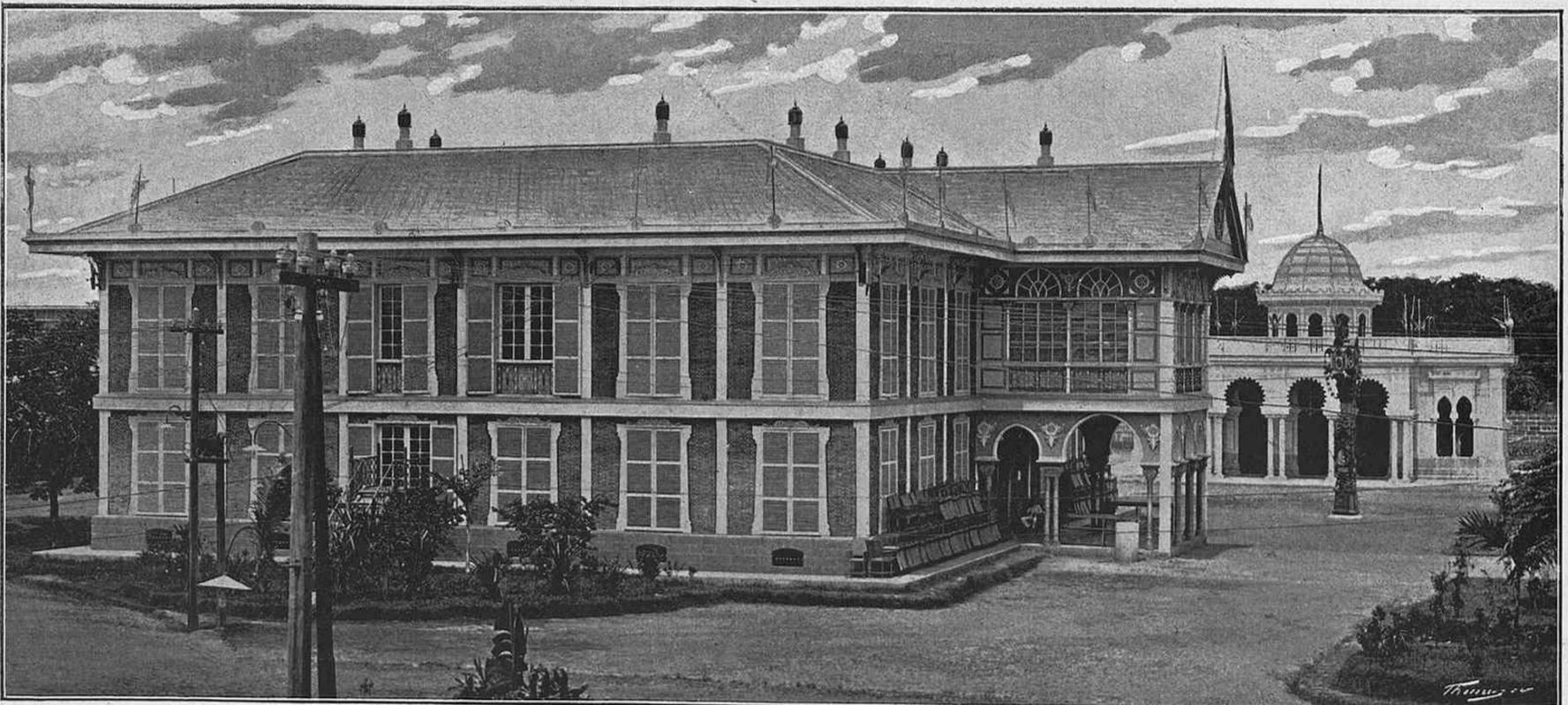
Esta exposición regional ha puesto de relieve las inmensas riquezas que en productos naturales atesora aquel archipiélago, especialmente en plantas y minerales.

La exposición, que tan brillantes resultados ha dado, únicamente ha costado al Tesoro ciento seis mil pesos, cantidad relativamente insignificante, con la cual se han sufragado todos los gastos de un certamen que ha permanecido abierto durante cinco meses.

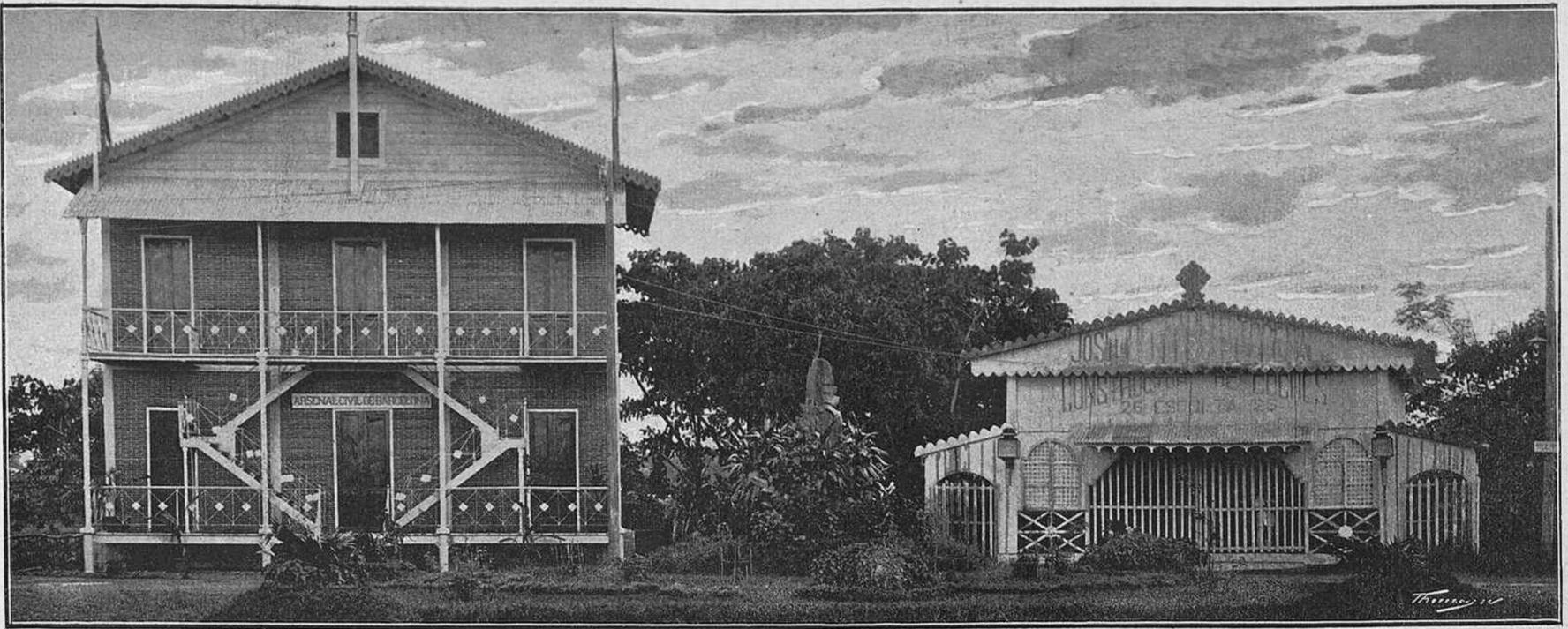


EXPOSICIÓN REGIONAL DE FILIPINAS
PABELLÓN DE LA FÁBRICA DE TABACOS «LA INSULAR»
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. — Prohibida su reproducción)

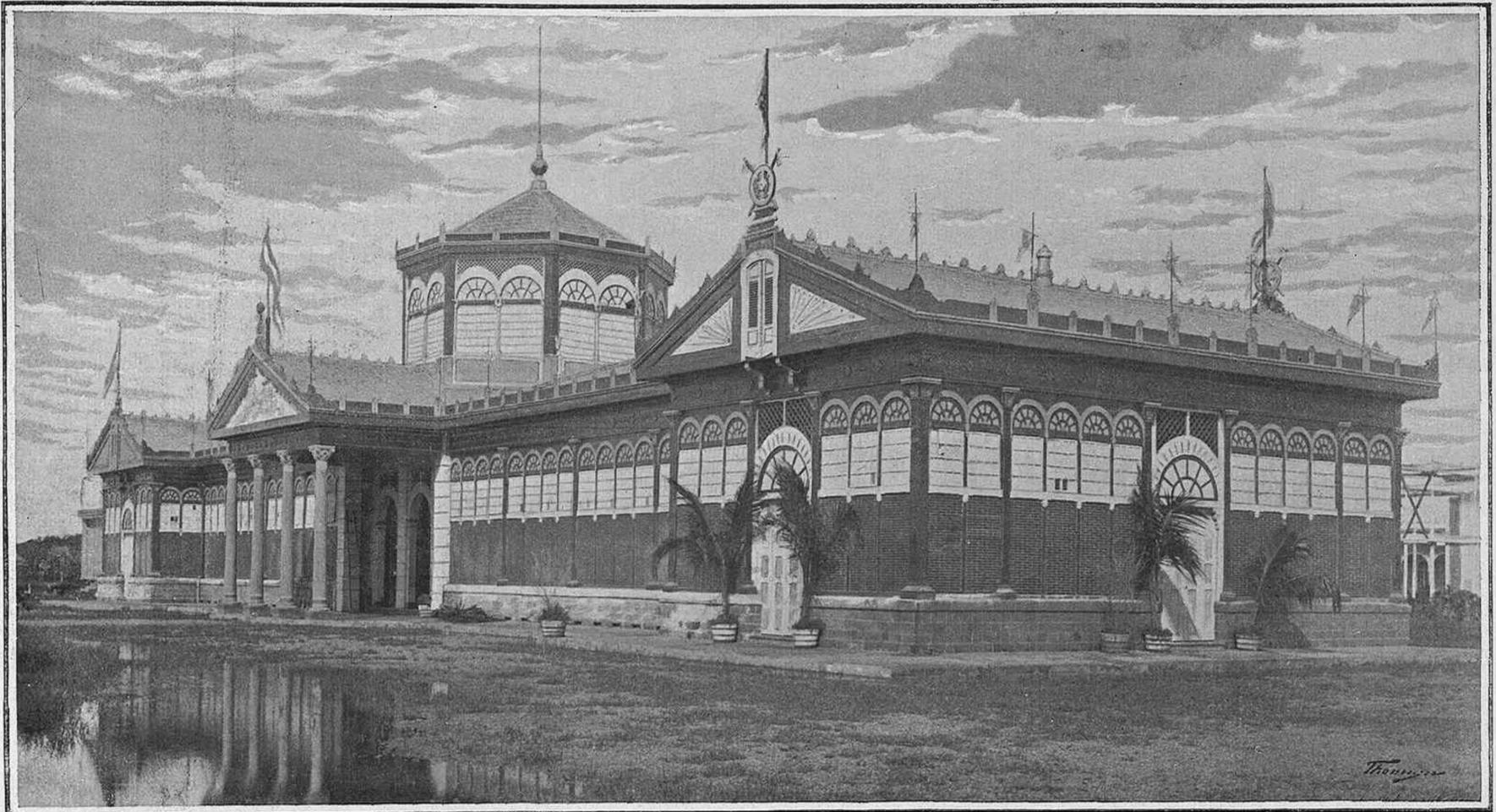
Las vistas de los edificios que publicamos son reproducción de las fotografías sacadas por nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, á quien damos las gracias por la atención que con nosotros ha tenido remitiéndonoslas y dándonos exclusiva autorización para publicarlas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — X.



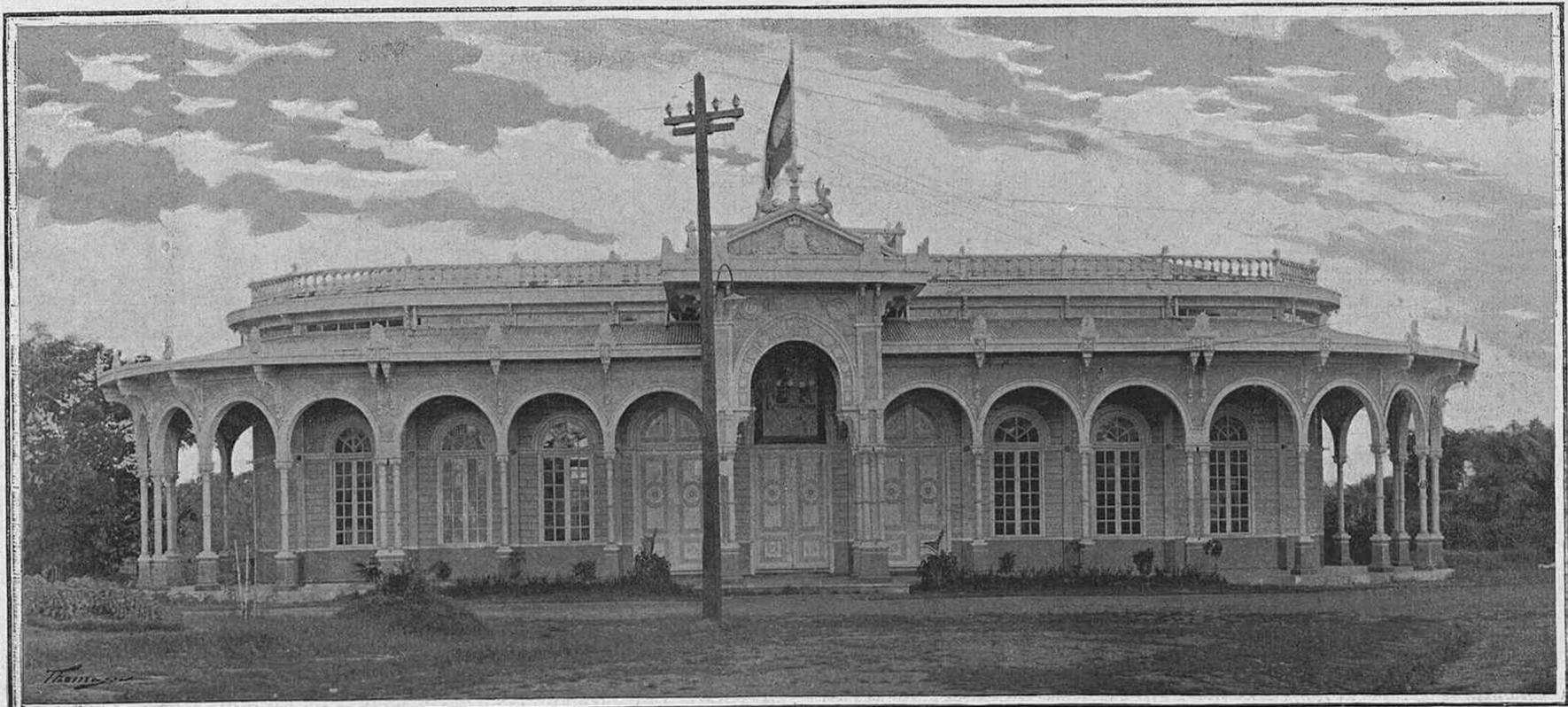
EXPOSICIÓN REGIONAL DE FILIPINAS. — PABELLÓN CENTRAL, EN PRIMER TÉRMINO; EN EL FONDO, PABELLÓN DE LA FÁBRICA DE TABACOS «LA INSULAR»
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. — Prohibida su reproducción)



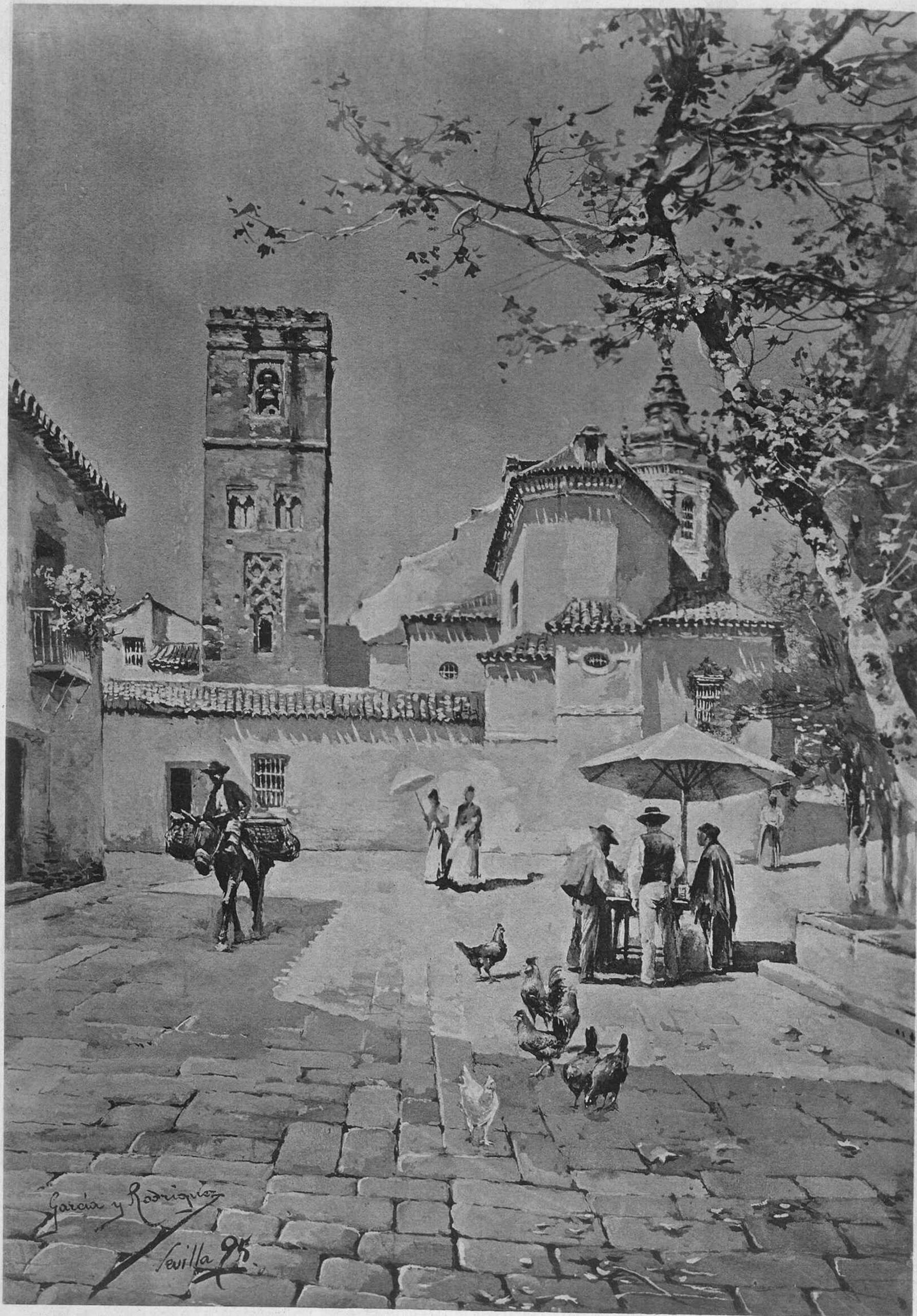
EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. - INSTALACIONES DEL ARSENAL CIVIL DE BARCELONA Y DEL CONSTRUCTOR DE COCHES SR. GARCHITORENA



EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. - PABELLÓN PRINCIPAL



EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. - PABELLÓN LEVANTADO Á EXPENSAS DEL VECINDARIO DE MANILA
(De fotografías de M. Arias Rodríguez, de Manila. - Prohibida su reproducción)



SEVILLA. - PARROQUIA DE SANTA CATALINA, dibujo original de Manuel García Rodríguez



LA ABONADA DEL 7, dibujo de Méndez Bringa

NUESTROS GRABADOS

Vaquero, dibujo original de Baldomero Galofre. — Entusiasta por el arte y amante devoto de su patria, dedica Baldomero Galofre sus conocimientos pictóricos y la brillantez de su paleta á reproducir sus recuerdos de artista, sus impresiones de viaje y cuanto pueda ser trasunto de escenas, cuadros y costumbres nacionales, con el laudable propósito de dar á conocer en el extranjero las bellezas que poseemos y las fuentes de inspiración que en España puede hallar el artista.

Trabajador infatigable, hállasele delante del caballete desde el amanecer hasta que anochece, dibujando ó pintando charros salamanquinos, robustos astures, severos leoneses ó gallardos majos andaluces, cabalgando en soberbios caballos ó conduciendo las yuntas de bueyes que arrastran pesadas carretas al través de los extensos campos castellanos.

A la galantería de tan laborioso artista debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores uno de sus apuntes, escogidos al azar entre los que guardan sus repletas carteras.

Juramento de venganza, dibujo de R. Caton Woodville. — Otra nueva prueba de la maestría con que el célebre artista inglés Caton Woodville trata los asuntos orientales, es este dibujo que reproducimos. Como nos hemos ocupado con frecuencia del famoso dibujante, muchos de cuyos trabajos se han publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, creemos ocioso repetir lo que tantas veces hemos dicho. *Juramento de venganza* es un episodio eminentemente dramático de esas luchas engendradas por odios seculares que de continuo ensangrientan los Estados de Oriente.

Sevilla. — Parroquia de Santa Catalina, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — No puede sorprender que un artista de la valía y aptitudes de Manuel García Rodríguez halle en la reina del Guadalquivir, en la poética y encantadora ciudad de los alcázares, fuente de inagotables asuntos para sus composiciones. Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar el mérito de los cuadros y dibujos de este distinguido pintor sevillano, y seguros estamos que con nosotros aplaudirán al pintor poeta que tan admirablemente retrata á su ciudad natal, honrándola con sus producciones y contribuyendo á sostener, unido á otros compañeros no menos insignes, el buen nombre de la moderna escuela sevillana.

La abonada del 7, dibujo de Méndez Bringa. — Con la maestría que le caracteriza ha representado nuestro querido amigo y constante colaborador en el dibujo que repro-

ducimos uno de esos tipos que de cuando en cuando y envueltos en cierto misterio aparecen en los teatros de la corte. Estrellas fugaces en el cielo de la vida alegre, surgen de improviso llamando la atención por su belleza y su elegancia; brillan un día, un mes, un año, casi siempre un plazo relativamente breve, y se eclipsan sin dejar huellas de su aparición. Nadie sabe quiénes son

menos de convenir en el encanto que produce. Corresponde la obra que reproducimos al concepto moderno, y en esa sencillez, en esa trivialidad, revélase el artista que logra expresar sentimientos tiernos y delicados. No cabe mayor ingenuidad y sencillez en las encontradas actitudes de los dos niños, y sin embargo los dos cautivan por su acertada interpretación.



LÁPIDA CONMEMORATIVA DEL RESTABLECIMIENTO DEL OBISPADO DE SOLSONA, proyectada por el arquitecto J. Romañá, y fundida en bronce por Federico Masriera, de Barcelona

ni de dónde vienen; la curiosidad tiene con ellas tema para bastante tiempo; invéntanse mil anécdotas, basadas todas en suposiciones más ó menos lógicas; coméntanse sus gestos y sus miradas; síguense sus pasos; acópanse datos, y cuando al fin se hace la luz sobre aquella existencia, resulta una de tantas historias vulgares que tardan en olvidarse mucho menos de lo que tardaron en ser conocidas.

Lápida conmemorativa del restablecimiento del obispado de Solsona, proyecto de D. J. Romañá. — El día 8 de septiembre último descubrióse, con asistencia del Nuncio de Su Santidad Monseñor Cretoni, señores obispos y autoridades, la lápida conmemorativa del restablecimiento de la silla episcopal de Solsona, que se halla fijada en los claustros de la catedral de aquella ciudad.

Mide la lápida 2'25 metros de altura por 1'73 de ancho, y sobre ella apóyase un medio punto, en el centro del cual figura el escudo del obispo de Vich, y en sus espacios intermedios animales quiméricos, de representación simbólica, muy bien dibujados y modelados, corriendo alrededor una ancha franja ornamental.

La obra honra al autor del proyecto el distinguido arquitecto Sr. Romañá y al acreditado establecimiento de fundición de D. Federico Masriera, que tan brillantemente ha dado cima á su cometido.

Desengaño, cuadro de Pedro Sáenz. — El autor de este cuadro no es desconocido para nuestros lectores: en los números 417 y 450 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos dos bellísimos lienzos suyos, *Las tentaciones de San Antonio*, que fué premiado en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y *En el Palco*: ya entonces alabamos como se merecía el talento artístico del joven pintor madrileño, que lejos de dormirse sobre sus laureles, sigue progresando en su brillante carrera, como lo demuestran los cuadros que presentó en la última Exposición general de Madrid, uno de los cuales fué premiado con medalla de tercera clase, que merecieron justos elogios de la crítica. *Desengaño*, que también figuró en ese último certamen, fué adquirido por el distinguido aficionado londinense Mr. C. Kettwell.

La pequeña ambiciosa, grupo en yeso de José Alcoverro. — Trivial podrá parecer á algunos el asunto escogido por el discreto escultor catalán Sr. Alcoverro para la ejecución del grupo que reproducimos, pero aun así no podrán menos de convenir en el encanto que produce. Corresponde la obra que reproducimos al concepto moderno, y en esa sencillez, en esa trivialidad, revélase el artista que logra expresar sentimientos tiernos y delicados. No cabe mayor ingenuidad y sencillez en las encontradas actitudes de los dos niños, y sin embargo los dos cautivan por su acertada interpretación.



DESENGAÑO, cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895)



Sus ojos se encontraron, impregnados de un mismo sentimiento de compasión

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Las lágrimas caían por sus mejillas sobre sus manos juntas sin que pensara en enjugarlas, y la religiosa, mirándola, sintióse conmovida á su vez; sus dedos continuaron oprimiendo el rosario y sus labios no interrumpieron sus preces; pero su alma se elevó junto con la de aquella niña hacia la buena anciana que había sabido inspirar un amor tan sincero y cuya muerte inspiraba un pesar tan vivo y desinteresado.

— Señorita Herminia, continuó la niña con voz lenta y grave, no me queda nadie á quien amar, y soy más huérfana ahora que el día que usted me recogió... Lléveme también con usted y duerma yo el sueño eterno á su lado, así como conocí junto á usted las dichas de la vida... ¡Oh, señorita Herminia!

Poco á poco se había acercado á la cabecera de la cama y cayó de rodillas, ocultando su rostro entre las sábanas, como la víspera...

En aquel mismo momento resonó abajo una voz masculina, que profirió con acento de modesto triunfo, adecuado á las circunstancias:

— ¡Vengo de casa del notario y no hay testamento! Marcela se levantó bruscamente: ¿Qué le importaba á ella que hubiese ó no testamento? Lo que le parecía horrible era la voz de aquel hombre que turbaba su mudo dolor. Iba á cerrar la puerta cuando oyó ruido de pasos en la escalera. Cerró entonces la habitación, dejando á la difunta con la religiosa, para que las miradas impías de aquella gente no profanaran aquellos queridos despojos.

— ¿Quiere usted oírme un momento, señorita?, dijo el joven Permeny.

Obedeció y le siguió á su cuarto, á su alegre cuarto de niña, tan puro y tan original, y las dos mujeres cerraron la marcha. Marcela se sintió presa como entre las conchas de un bivalvo.

— Señorita, vengo de casa del notario, dijo el Sr. Permeny con acento severo, que se esforzaba en hacer paternal; me ha dicho que varias veces mi parienta le había manifestado deseos de testar... ¿Sabe usted lo que quiere decir esta palabra?

— Sí, señor; quiere decir dictar y firmar un testamento, con-

testó Marcela, mirándole de frente con ojos en que la desconfianza empezaba á cambiarse en sorda cólera.

— Veo que mi prima ha cuidado de su educación, repuso el otro, intentando sonreír: pues bien; el notario me ha dicho que nunca había cumplido su propósito. ¿Sabe usted que exista algún documento que pruebe lo contrario?

— No tengo conocimiento de nada de eso, caballero, respondió Marcela.

— Su protectora ¿no le ha hablado jamás de su intención de legarle algo?

— Jamás, contestó Marcela, cuyo honrado rostro se tiñó de púrpura.

— Entonces, señorita, dijo la señora Permeny, después de cambiar una mirada de satisfacción con los otros herederos, indíquenos dónde están sus padres, á fin de que la hagamos conducir á su lado.

— No tengo padres, contestó la joven.

Su ingenuo rostro tomó de repente una expresión austera; en

aquel instante penoso, más cruel mil veces que la muerte de su protectora, acababa de salir de la infancia y de perder los privilegios de ella: de allí en adelante sería la señorita Monfort; Marcelita, la niña, había volado á otra vida con el alma benévola de Herminia.

— ¡Sin padres! ¿Es usted entonces una expósita?

— No, señora; me perdí; mi madre murió y mi padre marchó á América sin que haya sabido más de él.

— ¡Con qué amarga lentitud Marcela recordó estas tristes memorias de su vida! Pero le parecía sentir una irónica satisfacción asegurando á aquellas gentes que estaba sola, sola en el mundo.

— Mi prima, en este caso, habría hecho mejor dando á usted una educación conforme á su estado, que no convirtiéndola en una princesa, dijo la señora Grenardón.

La señora Permeny hizo un ademán muy digno y dijo á su vez:

— ¿Qué piensa usted hacer?

— No lo sé, contestó con la mayor inocencia.

— Sin embargo, es preciso saberlo, dijo la vieja con acento duro y amable á un tiempo.

Marcela conoció que mal por mal prefería la insolencia descarada de la primera á la sopalada amabilidad de la segunda. Bajó los ojos y no contestó.

— Comprenderá usted, señorita, continuó la señora Permeny, que no podemos proseguir la obra caritativa que había emprendido mi sobrina y cuidarnos de usted. Desígnenos, pues, las personas con quienes desea usted vivir.

Marcela levantó la cabeza.

— Muy bien, señora, dijo; ya la he comprendido.

— ¿Va usted á ver á sus amigos?

— Al instante, señora.

— Muy bien. Tendrá usted la bondad de decirnos lo que decide; pues el interés que sentimos...

Marcela lanzó á la vieja una mirada que contuvo su elocuencia. Sin embargo, añadió:

— Puede usted llevarse algunos de los objetos que le dió su bienhechora, alguna ropa blanca.

— ¿Puedo quedarme el traje que llevo?, preguntó Marcela con acento glacial.

Era el traje de la víspera, el que llevaba siempre para la casa ó para ir al mercado con Rosa, en aquellos días ¡ay! tan lejanos, en que ir á la compra era una diversión.

— Ciertamente. Cuando tendrá usted un asilo será conveniente que le hagamos un traje de luto.

— No lo necesito, señora, contestó la niña con el mismo tono glacial. ¿Puedo también tomar un sombrero y un abrigo?

No se le podía negar nada de ello.

Se vistió en presencia de aquellas señoras, ya que el joven Permeny había bajado al jardín, encantado de ver que las cosas se arreglaban tan amistosamente. Cuando estuvo aviada pasó por delante de las herederas, á las que saludó con una leve inclinación de cabeza, y volvió al cuarto de la difunta.

Apoyada contra el pilar de la cama miró por última vez aquel rostro tan querido; pero sus ojos estaban secos, pues la dureza de aquellas desconocidas había secado sus lágrimas. Contempló mucho rato aquel rostro amigo para llevar de él en su memoria una imagen eterna; luego se inclinó sobre las manos cruzadas que sostenían un crucifijo, y las besó piadosamente, con aquel terror involuntario que el frío de la muerte imprime á los que nunca la han contemplado cara á cara.

— ¡Adiós, mi segunda madre!, dijo en voz baja.

Luego, volviéndose á la religiosa, añadió:

— Ha sido usted buena para mí, hermana mía, le doy las gracias.

Salió; la puerta se cerró; bajó corriendo por la escalera, y pasando delante de las dos mujeres que la esperaban en el comedor, desapareció como una sifide detrás de la verja de la calle.

— ¡Impertinente, dijo la señora Grenardón, ni siquiera nos dice adiós!

— ¡Qué quiere usted!, contestó la otra. ¡La habrán mimado de un modo horroroso!

XXIX

Marcela marchó con paso rápido y se dirigió hacia el centro de París. Sus ideas, bastante confusas, siguieron, sin embargo, una pendiente natural; había pensado en la señora Jalín. Sin duda hubiese valido más ir á tomar consejo en casa del médico; pero éste siempre le había inspirado un poco de temor, cosa bastante frecuente en los niños, aun en aquellos que tienen por el médico la afección más real. Además, no sabía lo que le diría; era amable para ella, pero apenas la conocía y no tenía ni señora ni hijos... Prefería buscar á la buena planchadora, á la amiga de sus días nefastos, á su primera protectora... ¡Quién sabe!... ¡Quizá había vuelto ya! Iba quizá á encontrarla con Rosa. A aquella idea el corazón de Marcela palpó tan aprisa, que se volvió obligada á moderar el paso, pues encontrar á Rosa era casi estar de nuevo en casa de la señorita Herminia.

A medida que avanzaba disminuía su valor. Vivía muy lejos, y si no la hallaba, ¿qué haría? Su bolsillo le parecía muy pesado; era la caja de papeles lo que le hacía pesar tanto. Tuvo ganas de detenerse en algún sitio para mirar su contenido. ¡Cuántos años habían pasado desde que de pie, junto á la herbolaria, había visto á ésta ordenar sus documentos y el pequeño paquete que contenía los 50 francos de María Monfort!

Era verdad, Marcela tenía 50 francos, que eran suyos, única y pobre herencia de su madre. Aquel pensamiento le hizo recobrar su ánimo. La cantidad le pareció considerable, pues jamás había hecho sino compras en el mercado, y sabía que con 50 francos se podían comprar muchos huevos, mucho pan y mucha carne. De todos modos, podía vivir algunos días con aquello, los suficientes para encontrar á Rosa.

Andaba aprisa, y sin embargo, nunca se acababan los Campos Elíseos. ¡Cuántas veces se había prometido que un día rogaría á Rosa que le llevara á ver en detalle las tiendecitas, los caballitos, los coches tirados por cabras, todas aquellas cosas extraordinarias, apenas entrevistas en las rápidas correrías con la fiel criada que no se hallaba á gusto sino en su casa!

Los cochecitos, las tiendas, los caballos de madera estaban en su sitio, pero Marcela no los miró siquiera: pasó rápidamente, buscando los sitios más desiertos, apresurándose como si sintiera detrás de ella la persecución de algún anemigo.

Al llegar á la plaza de la Concordia sintió algún temor; atravesando los arroyos por donde corrían mil carruajes, ganó uno de los burladeros de asfalto que rodean las fuentes, y allí se detuvo para respirar. Estaba cansada; la noche de angustia, su sueño interrumpido, la falta de alimento, la rapidez de su

huída — ¡pues era una huída! — todas aquellas emociones y pesares la habían abrumado. Advirtió que tenía hambre y pensó en comprar un panecillo. Pero para ello era preciso dinero, y acercándose á la fuente, que aquel día no manaba, se apoyó contra el pretil y deslizo la mano en el bolsillo.

Un vago sentimiento de prudencia le advirtió que no debía sacar la caja de su escondite; se dijo que quizá le preguntarían lo que hacía allí y querrían examinar sus documentos... La silueta de un guardia municipal se dibujó á corta distancia... Marcela arañó el cartón con los dedos, despacito, temiendo estropear los papeles, y buscó á tientas el paquete de monedas. De repente sintió algunas entre los dedos, cogió una al azar... ¡Era oro!

Sacó otra; era de oro también. Estupefacta se preguntaba si aquello no era un espejismo, si la fatiga y el hambre obscurecían su inteligencia, cuando recordó las últimas palabras lúcidas de la señorita Herminia: «Toma la caja, ocúltala, es tuya.»

— ¡Oh, protectora mía, murmuró la niña apretando contra sus labios los luses de oro ahorrados para ella, habías pensado que un día me vería lanzada de tu casa y quisiste ahorrarme los horrores de la miseria!

Su bolsillo estaba lleno de oro, que la caja agujereada dejaba escapar lentamente.

Caía la tarde; un hombre con el pelo gris, con las facciones duras y el continente rígido, atravesó la calle Royale y llegó al mismo burladero; también él tenía el aire triste y cansado; se aproximó al pilón y se apoyó igualmente en el pretil con los ojos bajos, pensando en algo secreto y doloroso. Marcela hizo un movimiento para emprender de nuevo su carrera y la miró.

— No es tan crecida, se dijo interiormente. ¡Pobre niña, cuán pálida está!

La joven le miró á su vez.

— ¡Pobre hombre, pensó, quizá ha perdido lo que amaba!

Sus ojos se encontraron, impregnados de un mismo sentimiento de compasión; luego ambos con un esfuerzo echaron á andar hacia lo desconocido. Marcela se dirigió hacia la calle Royale; el hombre se hundió en la penumbra de los Campos Elíseos; la noche llegaba y el cielo aparecía rojo en el horizonte; pero aun cuando hubiesen brillado los rayos del sol más deslumbrador, ¿cómo en aquel hombre severo y triste Marcela hubiera reconocido á su padre?

XXX

La joven llegó al cabo á la plaza Montholón.

¡Cuán extraño aspecto tienen las cosas que más familiares nos han sido si ya no se recuerdan! Se experimenta una sensación compleja. De una parte se siente contento en volver á mirar aquellos objetos que recuerdan una parte ya olvidada de la vida; de otra se siente pena porque el alma se pregunta con angustia si no hubiera valido más no haber conocido aquellos sitios y aquellos objetos donde y por los cuales se ha sufrido.

Entró por la puerta cochera. Otra portera ocupaba la casilla; era una mujer pálida que paseaba en brazos á un niño que lloraba.

— ¿La señora Jalín?, preguntó Marcela.

— Está en provincias.

— ¿Sabe usted su dirección?

La mujer miró á la joven.

— ¿No es usted la pequeña Marcela?

— Sí.

— ¿Necesita á la señora Jalín?

— Sí, señora. ¿No le ha hablado de la señorita Herminia?

— Sí. ¿Le ha pasado algo?

— Ha muerto.

— ¡Ah!, exclamó la portera con ese tono de compasión que se otorga á los desconocidos.

— ¿Dónde está la señora Jalín?, preguntó la joven.

— Espera, tengo su dirección ahí dentro. Buscá con la mano que le quedaba libre en un cajón, lleno de retazos de papel, y al cabo de un rato encontró uno, que descifró con trabajo.

— Saint-Marais, por Phalempin, dijo.

Marcela repitió aquellos nombres tan extraños, y viendo un lápiz sobre la mesa, los apuntó en la margen de un diario.

— ¿Por dónde se va á ese pueblo?, preguntó.

— Por el ferrocarril del Norte.

— Gracias, señora, dijo la joven saliendo.

Estaba cansada y no había comido nada; entró en una panadería, cambió una moneda de oro y compró un panecillo para comerlo durante el camino.

Sin darse cuenta exacta de lo que quería, llegó á la estación del Norte, y preguntó á un empleado:

— ¿Phalempin?

Le indicaron un ventanillo. Multitud de viajeros hacían ya cola, y Marcela tomó turno á su vez.

— Phalempin, tercera.

— Quince, noventa y cinco, contestó el empleado, que visto al través de la rejilla hacía una facha muy rara.

Marcela puso una moneda de oro sobre la plancha de cobre pulido que reflejaba la luz del gas; alargaron hacia ella un puñado de monedas; alguien le dió un empujón para invitarla á que se marchase; un viejo empleado, de aspecto majestuoso, le indicó un dédalo de barreras por donde debía salir. Obedeció, contestó dos ó tres veces con la palabra «Phalempin» á las distintas preguntas que le hacían los empleados viendo su inexperiencia, y al fin se encontró sentada en un banco de un vagón de tercera, que al cabo de un momento echó á andar con lentitud.

— Es extraño, pensó Marcela, que sea tan fácil hacer un viaje.

XXXI

Simón Monfort había llegado al final de los Campos Elíseos, y allí sentóse en un banco y meditó. En aquella inmensidad de París que no conocía, pues solamente la había atravesado nueve años antes, se sentía perdido, anonadado. Su estancia en América le había hecho conocer la vida de las grandes ciudades; pero en aquellas, extrañas á su corazón como á sus ojos, no buscaba nada, no esperaba nada, sino aquello que podía procurarle su labor incesante.

Aquí, desde el momento en que el tren la había dejado en la estación de San Lázaro en aquella hora primera de la mañana en que todo parece revivir, y durante la cual el París inteligente, administrativo y activo duerme todavía, Simón había paseado sin tregua, entrando de tiempo en tiempo en un restaurant para beber una taza de caldo y comer febrilmente lo que le presentaban.

Después de preguntar al comisario de policía del barrio de Montholón, había ido á la Morgue y había estado en veinte

sitios diferentes, siguiendo siempre una pista á cada momento perdida y vuelta á encontrar. El comisario de policía no era el mismo de antes; la señora Favrot no había dejado huellas; la portera que la había conocido tampoco estaba en la casa; pero á fuerza de preguntar pudo al cabo saber el nombre de la señora Jalín, que tan estrecha relación tenía con el de aquella niña abandonada, que ya no cabía duda, era su hija.

La planchadora hablaba algunas veces de su Marcelita, que era completamente dichosa en casa de una señora acomodada... ¿Quién era aquella señora? El marido de la portera, que era el único que estaba presente, no lo sabía. La planchadora iba algunas veces á devolver ropa en casa de una señora que vivía en la calle de la Bomba; pero no sabía el número de aquella casa, y la señora Jalín estaba ausente por unos días.

Monfort había ido á la fonda en que se apareara nueve años antes al llegar á París con su mujer y su hija. Ni el menor vestigio de dueños ni criados de aquella época quedaba allí, pues en París todo se renueva, todo desaparece, hasta las casas, que se derriban para levantar otras más altas y mayores. El padre, desesperado, tomó entonces el camino de Passy, haciéndose la reflexión de que no hay calle que no tenga fin y que, preguntando de casa en casa, acabaría al cabo por encontrar la que albergaba á su hija.

Cuando se sentó en un banco, enfrente de la avenida del Gran-Ejército, el sol desaparecía detrás de una cortina de nubes enojecidas; la noche empezaba; ¿cómo informarse en aquella hora avanzada? Encontrábase además tan fatigado, que las piernas se negaban á sostenerle.

Levantóse, se desazonó penosamente, y andando á lo largo de la avenida, buscó una fonda para pasar la noche. Al encontrarla, pidió un cuarto y se acostó, durmiendo con sueño pesado hasta el día siguiente.

Se despertó temprano y empezó el examen de las casas de la calle de la Bomba. Uno tras otro preguntó á todos los porteros y á los criados de los chalets, de las casas y de las quintas; pero nadie supo darle razón de una solterona que hubiese recogido una niña, tal como Simón describía á Marcela, pues el pobre padre se imaginaba á su hija bien distinta de lo que en realidad era. Al fin llegó á una casa cuya criada, muy antigua en el barrio, recordaba la extraña aventura de Marcela recogida años antes.

— Sin duda pregunta usted por la señorita Beurenom, dijo á Monfort, cuyo rostro fatigado tomó de nuevo su habitual expresión de energía; pues efectivamente recogió hace años una niña sin padres; pero esta niña debe tener á lo menos quince años. ¿Está usted seguro de que no se equivoca?

— No lo sé, contestó Monfort; pues no puedo imaginar cómo será mi hija, á la que no he visto hace tantos años. ¿Dónde vive la señorita Beurenom?

En cuanto supo el número se lanzó con paso rápido, no sintiendo sobre los hombros el peso de los años. Al acercarse al chalet, un coche fúnebre estaba ante la puerta junto con dos coches enlutados. Asustado, miró las colgaduras de la verja; ¡eran blancas!..

— ¡Mi hija ha muerto!, pensó.

Lleno de angustia entró en el jardín con la cabeza descubierta, la garganta seca, casi sin poder hablar.

— ¿Quién ha muerto?, preguntó al primero con quien topó.

Era la señora Grenardón que le echó una mirada atravesada.

¿Sería también un heredero?

— Es la señorita Herminia de Beurenom. ¿Qué quiere usted? Monfort se apoyó contra la pared. No siendo para su hija aquel entierro, lo demás le importaba bien poco.

— ¿Dónde está?, preguntó todavía desorientado.

— ¿La señorita Herminia? Se la van á llevar. El entierro es para las doce. ¿Qué se le ofrece?, insistió la provinciana.

— Quiero á mi hija Marcela, á la que esta señorita había adoptado, contestó Monfort, que empezaba á serenarse. ¿Dónde está?

La señora Permeny había bajado al oír aquella conversación y se detuvo en el corredor escuchando tan extraño coloquio.

— ¡Su hija!, balbuceó la señora Grenardón, que empezaba á comprender.

— Sí, la señorita Monfort; está aquí y quiero verla. Soy su padre.

La señora Grenardón volvió la cabeza y advirtió á la coheredera, con la cual cambió una mirada inquieta. La vieja tomó parte en la conversación.

— ¿Era hija de usted la señorita que estaba aquí?, preguntó con gran presencia de ánimo. ¡Ah, caballero! ¡Qué lástima que no haya avisado usted su llegada! Precisamente estaba desesperada por falta de apoyo en este mundo. La difunta no ha dejado ningún legado para ella.

— Eso me importa poco. ¿Dónde está?

— Salió para ver á unos amigos suyos que se interesan por su suerte.

— No tiene amigos, interrumpió Monfort con impaciencia; si es verdad lo que me han dicho, no tenía otros amigos en París que la señorita que la había adoptado. ¿Dónde ha ido?

— No lo sé, contestó la señora Grenardón, que empezaba á comprender que habían obrado ligeramente desembarazándose por modo tan brusco de la joven.

— ¿No lo sabe?, preguntó Simón con voz tonante. ¿Cuándo salió?

— Ayer.

— ¿Y cuándo regresó?

— No ha regresado.

Simón se apoyó contra la pared y miró con ojos tan irritados á las dos mujeres, que éstas retrocedieron.

— Pero caballero, dijo la señora Permeny con tono de dignidad ofendida..., ¿qué viene usted á hacer aquí?

— Ese es asunto mío; quiero hablar con los amigos de la señorita de Beurenom, con los que la han amado y que sabían que quería á mi hija. Ustedes son los herederos y la han puesto en la calle porque nada ha heredado.

— Caballero, dijo el joven Permeny desde la puerta del jardín.

— Al fin, dijo Simón cruzándose de brazos, encuentro con quien hablar. Mi hija estaba ayer aquí, en esta casa; salió de ella y no ha vuelto y no tenía á quien pedir asilo. Habrá dormido en la calle y quizá se haya suicidado. Usted es responsable de ello ante Dios y ante la justicia.

— Señores, gritó la voz agrilude del empleado de la funeraria, cuando quieran, el entierro va á salir.

El paso pesado de los que llevaban la fúnebre carga resonó en la escalera, y Monfort enmudeció ante la muerte. Por muy grande que fuera su cólera, cedió ante el cadáver de la que tanto había querido á su hija y le había servido de madre. Apartóse para dejar pasar el féretro, al que siguió maquinalmente. En la entrada del jardín encontró al médico, que pálido y

emocionado, apenas podía tenerse en pie; pero que sin embargo quería acompañar a su amiga hasta la última morada. La mirada que Simón echó sobre el médico no estaba menos cargada de cólera que la que dirigiera a los otros; pero la primera palabra que le oyó pronunciar, trocó su cólera en reconocimiento.

—¿No ha vuelto la niña?, preguntó al joven Permeny cuando el entierro se puso en marcha.

El joven hizo un gesto negativo.

—Han cometido ustedes una mala acción, añadió el viejo doctor.

Simón se acercó a él.

—¿Conocía usted a mi hija?, preguntó estrechando el brazo del doctor.

—¿Quién? ¿Marcela?

—Sí, es mi hija. ¿Dónde está?

—¡Ay!, contestó el buen hombre. Lo ignoro; pero la encontraremos. Ahora acompañemos hasta el fin a la que tanto la ha querido y que si hubiese tenido tiempo la habría puesto al abrigo de toda necesidad.

Simón siguió dócilmente al doctor, y de sus ojos brotaron las dos únicas lágrimas que debían regar aquel día la tumba de Herminia.

El tren dejó a Marcela en la estación de Phalempin hacia las cinco de la madrugada. El cielo empezaba a teñirse con las primeras claridades de la aurora, cuando Marcela subió a un cochecito descubierto que reemplazaba al ómnibus de la estación para llevar a los pasajeros a los pueblecillos cercanos. Al cabo de una hora, el conductor, que no había hablado una palabra durante el camino, la tomó en brazos y la dejó en una plaza que estaba en el centro de una gran aldea, y a la sazón despertóse la niña.

—¿Estamos en San Marois?, preguntó Marcela.

El conductor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, restalló la fusta y prosiguió la marcha.

Desde que saliera de París Marcela no había dicho una palabra. El compartimiento que ocupaba se había llenado y vaciado muchas veces durante el transcurso de aquella noche llena de paradas y de salidas repentinas; pero nadie había dirigido la palabra a aquella muchacha, que por su parte no había sentido ganas de hablar, pues su corazón se encontraba demasiado angustiado para ello.

En el centro de aquella gran plaza Marcela sintió que su corazón se oprimía, y se arrepintió de haber ido allí. ¿Qué voy a hacer aquí?, se preguntaba. ¿Y si Rosa no aprueba mi conducta? En verdad que no había pensado en ello al salir de París... Pero en cuanto a la planchadora, ¡oh! de aquella estaba segura que se alegraría de verla. Además, aun sin darse cuenta cabal de ella, Marcela comprendió que el oro que llevaba en el bolsillo, sería un buen medio para salvar cualquier dificultad.

De aquel modo no resultaría gravosa para nadie su presencia, al menos de momento..., y luego ya se podría hallar medio de que todo se arreglara. En tanto que hacía estos cálculos, vio una hostería y entró en ella.

—¿Sabrían darme razón de Rosa Picard?, preguntó haciendo un esfuerzo sobre su timidez.

—No la conozco, replicó fríamente el hostelero.

Marcela, que se había figurado encontrar al momento a Rosa, quedó desconsolada. Resolvió, sin embargo, insistir.

—Es una señora que vino de París hace tres días, añadió, con otra señora; tenía una hermana que ha muerto, dejando tres hijos de menor edad...

—¡Ah! Ya sé. Toma la calle de la derecha y tercer luego hacia la izquierda, y al llegar a las últimas casas te enseñarán el sitio donde vive la que buscas.

La joven siguió el camino indicado, y de repente, al dar la vuelta a la calle, vio venir por ella, con la cesta bajo el brazo, a la fiel criada de su señorita, a Rosa, que andaba con la vista fija en el suelo, pensando quizá en el ama que tanto quería.

—¡Rosa, mi querida Rosa!, exclamó la joven, cuyo corazón oprimido se alivió de un peso enorme; ¡Rosa!

Al oír su nombre, la vieja criada alzó la cabeza y abrió los brazos, en los que se echó Marcela.

Rosa quedó sorprendida; con los brazos pendientes, había soltado la cesta y no acertaba a comprender cómo Marcela se encontraba allí.

—¿A qué ha venido usted?, exclamó al cabo, mientras Marcela, sollozando amargamente se abrazaba a ella.

—¡Ah, Rosa! ¡La señorita Herminia ha muerto!

Las piernas de la buena mujer se doblaron, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Muerta!, repitió con ojos espantados, descoloridos los labios y acento conmovido.

—¡Sí! Muerta ella, nadie me quería en el mundo, y me han echado de la casa...

—¿Quién?

—Los herederos.

—¿Qué herederos?

—No les conozco; son dos señoras y un joven que han dicho que eran parientes de la señorita. ¡Nuestra amiga ha muerto! ¿Qué va a ser ahora de nosotras?

Rosa no decía una palabra, pues aquel golpe la anonadaba.

—Siempre había temido este desenlace, dijo enderezándose, y que moriría mientras yo estaba ausente. ¿Quién la ha cuidado?

—Yo, contestó Marcela.

—Tú, ¡pobre niña!

Rosa no llamaba ya de usted a la huérfana, considerando que ya no era una señorita, sino la hija adoptiva de su ama y que desde entonces lo sería de ella.

—¡Vámonos a casa!, añadió; allí me lo contarás todo. No quiero que la gente nos vea llorar.

La casa en que entró Marcela ofrecía un pobrísimo aspecto. Jamás hubiese imaginado que se pudiera vivir entre tanta miseria. Tres niños hermosos y rubios como ángeles, vestidos de pingajos, jugaban por allí.

La señora Jalín no quedó menos admirada que Rosa; pero tenía la inteligencia más viva y cultivada, é inmediatamente se formó cargo de lo que sucediera en la calle de la Bomba y explicó a Rosa y a Marcela algunos puntos mal comprendidos todavía, tales como la llegada de los herederos, de los que Rosa jamás se había cuidado.

Cuando ésta no podía tragar a alguien, lo borraba de su memoria, y para ella como si no existiera tal persona en el mundo.

Otra quizá se hubiera acordado algo de las raras y cortas visitas que a la solterona hiciera la señora Grenardón, que se habían interrumpido por una fútil disputa y que desde entonces no se reanudaron más.

También hubiera recordado que los Permeny, que si eran tan ávidos guardaban algo mejor las apariencias, a fuerza de importunidades y de bajezas habían conseguido la promesa de que la señorita Herminia dotara al joven; que después se mostraron tan exigentes y tan pesados que la buena señora había tenido que quitárselos de encima, y que desde entonces no había pasado un mes sin que escribieran cartas al médico y a todos aquellos que sabían que trataban a su parienta. El doctor, que continuamente recibía cartas de ambos lados, no tuvo que buscar mucho para encontrar las direcciones.

Rosa hubiera podido saber además que aquella gente aborrecía a Marcela, temiendo que les birlara la herencia...; pero nada de ello sabía por haber adoptado el sistema de seguir el camino de la vida como los caballos, mirando siempre hacia el frente.

La planchadora veía más claro, y después de los primeros momentos de dolor y de sorpresa hizo sufrir a Marcela un examen completo a fin de saber cuanto había ocurrido antes y después del fatal acontecimiento. Le parecía muy duro que la pobre niña hubiese caído de aquella manera desde la dorada medianía hasta la pobreza absoluta; sin embargo, puesto que no había testamento, era preciso rendirse a la evidencia.

—¡Ah!, dijo Marcela, olvidaba mi cajita; no sé lo que hay dentro.

Sacó la cajita rota del fondo del bolsillo y la puso en el centro de la mesa, junto con un puñado de esos objetos raros de que siempre están llenos los bolsillos de las niñas, varias piezas de oro y papeles doblados.

—¡Ah!, exclamó la señora Jalín; esto es casi una fortuna.

En efecto: entre las monedas de oro y los billetes de banco Marcela poseía más de mil francos.

—Con esto hay para salir de apuros; pero no para vivir... Afortunadamente también tengo dinero de la señorita, y a buen seguro no será yo quien lo entregue a esos herederos. La señorita me había dicho que llevase el dinero a casa de su banquero el día en que debía marchar, y estaba tan trastornada que me olvidé de ello. Son unos tres mil francos, de los que nadie tiene noticia. Este dinero es para ti, Marcela; será tu dote, pobre hija mía.

Marcela miraba con extrañeza el pequeño capital que tenía ante sus ojos.

—No es mío, dijo lentamente.

—Sé por la señorita misma, que quería asegurar tu suerte, y más te hubiera dado si hubiese vivido. Te digo que es tuyo y que tienes que guardarlo. Sería un verdadero crimen devolverlo a esa gente, mensajeros de desgracia.

—Lo pensaremos, dijo la planchadora. Quisiera que Marcela comiese y fuese luego a acostarse, pues la encuentro tan pálida que me da lástima.

La joven trató de comer y dormir para complacer a sus amigas; pero su cuerpo y su espíritu se hallaban tan fatigados, que le negaron el reposo. Se tendió sobre el mezzuino jergón que había por toda cama, y con los ojos cerrados, pero con el oído alerta, entregóse a la multitud de recuerdos y pensamientos que la asaltaban.

—¿Qué vamos a hacer de ella?, preguntó la planchadora cuando los niños se marcharon a la escuela.

—Le digo a usted que los tres mil francos son suyos, dijo Rosa; los pondremos en su nombre, y unidos a los que ella tiene, le bastará para que en todo caso no pueda morir de hambre. ¿No podría enseñarle usted su oficio?

—Siempre tuve esa intención, repuso la planchadora; sólo que viéndola tan mimada, había creído que no era necesario... En fin, nosotras cuidaremos de ella y no la hemos de abandonar.

—¡Ah! No por cierto, exclamó Rosa. No puedo explicar por qué, señora Jalín; pero esta pequeñuela me ha hecho siempre el efecto de una verdadera hija que Dios hubiese enviado a la señorita Herminia para consolarla en los últimos días de su vida, de no haberse casado y de envejecer sin familia, sin hijos... ¿Sabe usted por qué no se casó?

—No, respondió la señora Jalín.

—Se lo voy a contar, porque esto redundará en honra suya y siento un alivio en referirlo, pues me parece que no ha muerto en tanto que pronuncio su nombre.

Era hermosa y linda la señorita y no le faltaban pretendientes. Su padre cuidaba de ella, pues su madre había muerto. Hasta los veintitrés años no había pensado aún en casarse, cuando un día encontró a un apuesto joven, amable y simpático que le hizo la corte y le agradó en seguida. No era rico; pero esto importaba poco, pues la señorita Herminia poseía una gran fortuna, mucho mayor que ahora, puesto que su padre perdió por aquel tiempo mucho dinero. Aquel joven pidió su mano y obtuvo el consentimiento. Si la hubiera usted visto ¡qué hermosa y risueña estaba en tanto que preparaba su canastilla! Una tarde recibió una carta de letra desconocida: yo estaba arreglando el cuarto y hablando con ella, pues éramos de la misma edad y siempre había tenido confianza conmigo, cuando la vi cambiar de color.

—«¡Ah, Rosa!, me dijo; si esta carta no es una horrible impostura, mi boda está deshecha.»

Entonces le pregunté qué era lo que sucedía y me enseñó la carta. La que le escribía era una pobre muchacha, la novia del prometido de Herminia, antes de que éstos se conocieran. Todo estaba arreglado, iban a casarse y ella le amaba locamente; pero la señorita Herminia era más rica y por ella la dejaba.

—«Entérate de si esto es verdad, habla con esta joven; y si es cierto lo que me dice, dale mi palabra de que no me casaré con su novio aun cuando le amara mil veces más de lo que le quiero.»

Fuí allí y era verdad. La familia estaba desesperada; pero no se atrevían a armar un escándalo por no dar más pena a la joven. Se lo conté así a mi ama y cumplió la palabra que había dado. Habló con su novio y le dió tantas y tan buenas razones, le hizo ver tan claramente su felonía y con tanta elocuencia le pintó la desesperación de su rival, que consiguió que renaudara sus relaciones con ella y la llevara al altar. La señorita Herminia sintió sin embargo profundamente aquel golpe; envió a la que iba a casarse su propia canastilla, y desde aquella época jamás quiso oír hablar de matrimonio, pues pensaba que si aquella vez casi por un milagro había sabido la verdad, no sería en otra ocasión tan afortunada y se le figuraría siempre que al ir a casarse había una pobre muchacha llorando en un rincón olvidado. La verdad es que creo, aun cuando jamás me lo hubiese confesado, que había querido demasiado a aquel hombre para poder pensar en otro.

Marcela oyó toda aquella relación, y en su espíritu lúcido por la vigilia aparecieron multitud de imágenes entre las cuales descollaba la de su protectora junto a la de un joven apuesto y

guapo, parecido a Roberto Breault; después vio los feos rostros de los herederos y la mirada severa, pero llena de bondad, del anciano médico... ¿Por qué no le había visto antes de marcharse? Luego aquellas sombras fueron esfumándose poco a poco, y del fondo obscuro emergieron el rostro atezado, los negros ojos y las severas facciones del hombre que viera en la plaza de la Concordia.

—¡Pobre hombre!, pensó. ¡Ojalá haya encontrado lo que buscaba!

Y se durmió profundamente.

XXXII

Los asuntos de Rosa en Saint-Marois estuvieron arreglados muy presto; los hijos de su hermana quedaron a su cargo, pues no era probable que el descaído padre los reclamara jamás. El mejor medio que se le ocurrió a Rosa para cuidar de ellos, fué encargarlos a unos parientes lejanos, que consintieron en tomarlos mediante una módica retribución.

El mayorcito manifestaba ya desde entonces felices disposiciones para la agricultura y jardinería, lo que demostraba que sería un buen labrador; los otros dos eran todavía demasiado pequeñitos para que pudiera augurarse algo de sus futuras aptitudes; así es que, por entonces, se limitaron a enviarlos a la escuela. Pocos días después, Marcela y las dos amigas volvieron a París y se instalaron en la humilde habitación de la planchadora, que en lo sucesivo debía ser el centro de sus existencias tan distintas y tan unidas sin embargo.

Marcela vistió de luto; lo primero que compró con aquel dinero que para ella había recogido su bienhechora, fué aquel traje que debía recordar a los ojos, por mucho tiempo, la memoria de la santa señora. Al día siguiente del que le trajeron aquel humilde vestido, ella y sus dos amigas tomaron el camino de Passy, pues aquella peregrinación era una verdadera necesidad del alma agradecida de la huérfana.

Puertas y ventanas estaban cerradas y la verja no cedió bajo la presión de la mano. El perro de los Breault ladró alegremente al oír el ruido de pasos amigos. La cocinera que de él cuidaba iba de vez en cuando a verle y alimentarle para que no muriera de hambre; pero aun cuando sus ayunos prolongados le habían reducido a una demacración fenomenal, su buena memoria no olvidaba a los amigos, y lanzó plañideros aullidos viendo la inutilidad de sus esfuerzos para llegar hasta Marcela.

Esta miraba su chalet con ojos preñados de lágrimas. En aquel bendito recinto había pasado aquellos felices años que serían su consuelo durante los días de prueba que quizá le esperaban; cuanto de bueno y de noble vivía en su corazón, cuanto había contribuido a desarrollar su inteligencia, allí lo aprendió, entre las cuatro paredes de aquella casa desolada. Desde allí veía la ventana de su cuartito y la de la habitación donde junto a su protectora pasó aquella última fúnebre noche... ¿Qué habían hecho de aquellos muebles de la señorita Herminia, tan cuidados, tan bonitos, que tan familiares le eran y que despertaban en su corazón recuerdos tan queridos? Vendidos ó transportados a provincias, se habrían esparcido a los cuatro vientos, lo mismo que las blondas, los pañuelos, los libros, y los papeles secretos..., aquellas cartas amarillentas por la acción del tiempo y que de cuando en cuando leían los ojos de la buena anciana para mantener vivos en su corazón generoso los dulces recuerdos de la juventud lejana.

Hay personas que a medida que avanzan en el camino de la vida, aligeran cada vez más la carga de sus ilusiones; que procuran olvidar los desengaños recibidos, las amistades fingidas, los amores burlados; que borran los fantasmas de lo pasado de su imaginación y no guardan de ellos sino la experiencia que aprovecha, el amargo dejo que fortalece para las luchas futuras y vive maravillosamente para caminar con paso más firme y tener golpe de vista más rápido y certero. Otras, por lo contrario, cierran porfiadamente los ojos y la inteligencia a la realidad presente, mantienen viva la llama de sus afectos antiguos y recuerdan sin amargura las amistades rotas, los amores extintos.

¿Cuáles son los más dichosos? Es difícil saberlo: cada cual sabe sus penas y el modo de aliviarlas; para unos el remedio es la acción, para otros el sueño. Pero un sueño sin ilusiones es una muerte anticipada: sueñan, pues, con lo que fueron... La señorita Herminia era de los últimos. La adopción de Marcela había hecho entrar un nuevo elemento en su vida; la quería y deseaba asegurar su suerte, pero fiel a su sistema, se contentó con soñar y murió antes de haber podido realizar su propósito.

Hubiérase gustado saber que todo cuanto en su casa había quedaba en poder de su ahijada.

La piadosa mano de la niña hubiese sacudido el polvo de aquellos recuerdos y en aquellos muebles y en los cachivaches innumerables que llenaban la casita hubiese respetado lo que tanto amara su amiga. ¿Dónde habían volado todas aquellas cosas, frágiles y anticuadas? Marcela se lo preguntada en vano mirando las cerradas ventanas.

—¡Ea, monina, dijo la señora Jalín, tocándola suavemente en el hombro, vámonos!

—¿Dónde?, preguntó Marcela.

—Al cementerio.

Obedeció dócilmente, pues en el cementerio estaba el despojo mortal de su bienhechora; pero su amiguita no había visto llevarla allí, y para ella la tumba no sería jamás sino un emblema, una ficción; la verdadera tumba de su protectora, aquella sobre la cual se cernía su invisible alma, de la que Marcela sentía la presencia, era el chalet de la calle de la Bomba.

¡Cuán extraño le parecía a la niña en su inocencia que unas paredes que han escuchado tantas palabras buenas y cariñosas y han abrigado tanta confianza, ternura y abnegación, queden luego mudas y a veces en su recinto encierren maldades é injusticias sin que se vengan abajo con espantoso estrépito!

Llegó al cementerio ante la tumba recién cerrada.

Rosa lloraba a lágrima viva. Hasta entonces no había podido imaginar que verdaderamente había perdido para siempre a su ama, y al pensar que todo lo que de ella quedaba estaba debajo de aquella masa de piedra, se le desgarraba el corazón.

—¡Si a lo menos le hubieran puesto flores sobre la tumba!, sollozaba la pobre mujer.

Las tres amigas pusieron grandes ramos de flores silvestres sobre la losa, y luego se volvieron tristemente hacia París.

Ocho días después Roberto Breault bajó de un coche ante la verja de su casa: la cocinera, avisada por un telegrama, le esperaba con rostro compungido y obsequioso. El joven hizo salir del coche a su padre envuelto en mantas, tembloroso y transido de frío, y lo condujo respetuosamente hacia la casa.

Llegados a ella, el enfermo se sentó en una silla del comedor, pasó su mirada por todos los objetos que le rodeaban, movió tristemente la cabeza y se echó a llorar con el rostro entre las manos.

Julio llegaba en aquel mismo instante, porque había obtenido un permiso especial para salir. Aquellos tres seres desgraciados se unieron en estrecho abrazo, y quedaron largo rato unidos, pensando que la señora Breault había muerto y no tenía ya la casa su ángel custodio.

Cuando hubo pasado aquel primer arranque de dolor empezaron las preguntas.

— ¿Herminia?, preguntó el enfermo.

— Ha muerto, contestó la cocinera.

— ¿Y Marcela?, dijo de repente Roberto, levantando la cabeza.

— Ha desaparecido, señorito, y nadie sabe dónde está.

— ¿No estaba usted aquí?, preguntó Roberto; ¿pues por qué no ha venido?

— Estaba ausente en aquel momento, dijo la criada, bajando los ojos; ha partido de repente, sin decir una palabra a nadie.

Roberto la miró con descontento. Por mucha que sea la paciencia y la resignación, hay un momento en que ambas se acaban.

— Hablaremos de eso más adelante, dijo. Padre mío, necesita usted descanso; conque deje que le pongamos en la cama y que le hagamos compañía.

El Sr. Breault obedeció, pues estaba realmente enfermo y toda su energía y sus fuerzas, ya mercedadas por el ataque de parálisis, habían quedado en Niza, enterradas con su querida esposa bajo la sombra de los naranjos.

Rendido por el viaje y la emoción sufrida, el anciano se durmió en seguida.

— ¿Qué quiere decir eso?, preguntó Julio a Roberto, refiriéndose a la desaparición de Marcela.

— No lo sé; hay aquí un misterio que no entiendo, y lo mejor de todo sería interrogar bien a la cocinera.

Así se hizo, y Roberto, cuya clara inteligencia no se dejaba engañar por subterfugios, comprendió que la criada había estado ausente durante casi todo el tiempo que le estuvo confiada la custodia de la casa.

— ¡Ha dejado a mi perro que muriera de hambre!, exclamó Julio indignado, acariciando la cabeza del buen animal, que le miraba con ojos casi humanos.

— Solamente tiene la piel y los huesos, y estoy seguro de que aún Marcela le ha echado comida. Dime, Brabo, ¿es verdad?, ¿dónde está tu amiga Marcela?

— El perro mené la cola y se dirigió a la puerta como invitando a su amo a que le siguiera.

— ¿Quién sabe si le encontraría; podríamos probarlo.

— Sí, pero creo más prudente recurrir antes a otros medios. ¡Pobre niña! Nosotros hemos perdido a nuestra madre, Julio; pero ella ha perdido a un tiempo su madre, su albergue, todo, en una palabra. ¿Quién sabe dónde para, quién sabe si vive todavía!

El perro volvióse hacia sus dueños y los miró tan alegremente que no pudieron por menos de sonreírse.

— La buscarás, ¿no es verdad?, dijo Julio, y si no ha encontrado asilo, la traeremos aquí. ¿No es eso, Roberto?

— ¡Ah!, suspiró el joven, no seré yo quien diga que no.

Al día siguiente Julio había vuelto al colegio, y Roberto fué a casa del viejo doctor para ver si sabía algo de su antigua discípula.

— Marcela se ha perdido, pero hemos encontrado a su padre.

¡El padre de Marcela!

Roberto quedó estupefacto y sintió extraña tristeza en el corazón. Si Marcela tenía un padre, no necesitaría ya los buenos servicios de ellos. Los Breault serían en lo sucesivo simples relaciones sociales de la joven, pero no los que reemplazaran a la señorita Herminia, sus solos amigos, tal como él lo había soñado. Las lecciones dadas en el comedor, las horas silenciosas de concentrado estudio, todo aquello no era más que un recuerdo.

Roberto sintió que perdía una parte de su ser al encontrar Marcela una verdadera familia, y entonces advirtió con cuánto afán había esperado que la joven sería siempre la hija adoptiva de los que tanto la habían querido.

— Parece que esto le contraría, insinuó el doctor, que le observaba al través de sus lentes.

— ¿A mí?, dijo Roberto; no lo crea usted. ¿Qué tal es este padre?

— Parece un oso, pero le creo bueno en el fondo. Por poco acogota a los herederos.

El doctor contó entonces a Roberto la escena que siguió a los funerales.

— Pues tenía razón. Pero ¿y Marcela?

— Volvemos a casa de la planchadora, pues debe ya haber venido. Había pensado en hacer que el Sr. Monfort diera estos pasos, pero me parece de un carácter muy endiablado y siempre temo que estalle como un barril de pólvora.

— Yo me encargaré de ello, dijo vivamente Roberto, pues no teniendo en este asunto el interés directo de un padre, tendré más paciencia. Ya sabe usted, por otra parte, que quiero mucho a Marcela y el cuidado que he puesto siempre en desarrollar su inteligencia, verdaderamente notable.

— Ya lo sé, interrumpió el doctor; así es que, a pesar de que es usted muy joven, no temo encargarle estos pasos. Lo que le ruego, amigo mío, es que sea prudente y que no se precipite.

A Roberto se le antojaba replicar que a su juicio se había perdido ya demasiado tiempo; pero calló y se retiró, llevando la dirección de la planchadora.

Al día siguiente, Marcela salía de su casa para comprar el desayuno; alegre sol de primavera enviaba sus oblicuos rayos sobre las hojas nacientes de los árboles de la plaza Montholon; los arbustos habían crecido desde el tiempo en que allí jugaba con Luisa Favrot; la verja estaba abierta; el guarda del jardín se paseaba por él inspeccionando los paseos y los macizos, y Marcela sintió de repente ganas de entrar en el jardín. En otro tiempo, atraída por el misterio, que tan profundamente arraiga en el corazón de los niños, iba cada tarde a contemplar el banco donde su madre había muerto. Quizá no era el mismo banco,

pero estaba en el mismo sitio, le protegían los mismos árboles y las mismas flores crecían detrás de él. Robaba un minuto al tiempo que debía gastar en algún recado, é iba allí a echar una mirada sobre aquel banco donde se había cumplido el drama de su existencia, que la había lanzado huérfana al arroyo de París. Desde que había vuelto a casa de la planchadora no se había

detuvo admirada: en aquella hora matutinal su banco estaba ya ocupado. Miró la joven con atención al que estaba en él, y reconoció al mismo que una tarde viera en la plaza de la Concordia. Sintiendo los pasos de la niña sobre la arena, Monfort levantó la cabeza y la reconoció también.

Su extraño encuentro cerca de la fuente no era de aquellos que se olvidan. Desde que había vuelto a París no pasaba un día sin ir al parque, que tenía para él misteriosa atracción. Iba, lo mismo que Marcela, como hubiera ido junto a la tumba de María si hubiese sabido el sitio en que se hallaba. Monfort y Marcela se miraron un momento. La niña, que no había aprendido todavía a bajar los ojos sin motivo, leía en la mirada de aquel hombre mil confusas preguntas y adivinaba que se interesaba por ella, así como ella se interesaba por él. ¿No era raro que no habiéndose visto jamás anteriormente, en el transcurso de pocos días se hubieran encontrado ya dos veces, frente a frente, en circunstancias tan extraordinarias?

Sin embargo, como no le gustaba ver a nadie sentado en su banco, quiso continuar su camino; pero antes de desaparecer echó una última mirada hacia atrás...

Simón se levantó bruscamente, estupefacto, desesperado.

— ¡María!, dijo en alta voz; ¡es el gesto de María!

Marcela se detuvo admirada y le miró temerosa. ¿Estaba loco aquel pobre hombre tan triste? ¿Era preciso contestarle y transigir con su locura, ó era preferible marcharse como aconsejaban la prudencia y el buen sentido? Vaciló, y el hombre se aproximó a ella.

— ¿Vive usted en este barrio?, preguntó mirándola fijamente.

La joven hizo un gesto afirmativo.

— ¿Ha oído usted hablar de una niña abandonada cuya madre murió en este jardín?

— Sí, en este banco, dijo la joven indicando el sitio venerado.

— ¡Allí!, dijo Monfort volviéndose... Miró el banco, luego a la joven y continuó como con temor. Se llamaba Marcela... ¿La conoce usted?

Marcela retrocedió instintivamente hasta la verja que cerraba el jardín, y echó una mirada hacia afuera, pues tenía miedo sin saber de qué: el guarda estaba allí, a pocos pasos, y la calle de Lafayette

rebosaba de gente y de coches, como de costumbre. La niña se tranquilizó y dijo con su suave voz:

— Marcela Monfort, ¡soy yo!

Monfort la miró, abrió los brazos, quiso hablar y cayó sobre el banco derramando un mar de lágrimas y balbuceando palabras que la joven no podía oír ni comprender. Atemorizada de veras, huyó del jardín y él fué corriendo tras de ella.

Sobrecogida como se hallaba de miedo no se acordó siquiera del desayuno y sólo pensó en volver a su casa. Cuando entraba por la puerta cochera, dió un encontronazo con un joven alto que la cogió por el brazo, pues poco le faltó para que cayera.

— ¡Marcelita!, exclamó Roberto Breault, reconociéndola; al cabo la encuentro. ¿Cómo va usted tan aprisa?

— Venga corriendo; hay un hombre desconocido que me persigue.

Le empujó hacia la escalera y subieron corriendo los cuatro pisos, hasta dar con la puerta de la señora Jalín. Llegados allí, Marcela empujó y entraron dentro. Antes que hubiesen tenido tiempo de articular una sola palabra, sonaron rudos golpes a la puerta.

— No abran, exclamó Marcela.

— Yo me encargo de contestar, dijo Roberto.

Simón estaba en el umbral con los ojos extraviados, las manos temblorosas y haciendo inútiles esfuerzos para contenerse.

— ¿Está aquí Marcela Monfort?, preguntó a Roberto con acento amenazador.

— Sí, aquí está, contestó el joven ¿Qué se le ofrece?

— ¡Es mi hija!, exclamó el pobre padre, sintiendo agotadas ya las fuerzas y la paciencia.

Las explicaciones fueron largas; pero antes de que hubiesen terminado, Marcela estaba ya acurrucada entre los brazos de su padre con la cabeza sobre sus hombros y preguntándose a sí misma a qué causa se debía que el día que la encontró en la plaza de la Concordia no hubiesen cambiado alguna palabra que les revelara la verdad.

— ¿Cuando pienso, decía a su padre, que me causó usted tanta pena! Tenía gana de preguntarle qué tenía.

Roberto se había esquivado desde las primeras palabras para llevar la buena noticia al doctor, según él decía; pero en realidad marchóse porque se sentía triste sin acertar a darse cuenta de ello y no se atrevía a manifestarlo en presencia de aquella gente dichosa.

— ¿No era monstruoso por su parte que experimentara este sentimiento de abandono cuando su amiguita acababa de hallar a su verdadera familia?

— ¿Acaso no había ido allí con la intención de devolver a Marcela a su padre? Entonces, ¿qué más quería?

Pero es difícil mandar al corazón, y por más reflexiones que se hacía, el suyo continuaba apesadado. Volvió a casa del doctor; no le encontró, y después de dejarle una carta explicándole el resultado de sus pesquisas, volvió a su casa más triste que nunca.

— Me alegro mucho, dijo Julio en cuanto supo que Marcela había hallado a su padre. La pobre niña era en verdad digna de lástima.

— ¿No estábamos nosotros aquí para cuidar de recogerla?, dijo Roberto con mal humor. A punto fijo que nuestro padre no se habría opuesto a admitirla, y entre ella y Rosa habrían cuidado con esmero al pobre enfermo.

Al día siguiente Marcela y su padre se presentaron en casa del doctor. Simón no era el mismo hombre de la víspera; al aspecto de incertidumbre y de cólera que revelaba su rostro, había sucedido una calma profunda, una especie de alegría interior que contrastaba con sus facciones enérgicas y acentuadas.

(Concluirá)



Llegó al cementerio hasta la tumba recién cerrada

acordado de aquella peregrinación piadosa; pero aquella mañana se dijo que su conducta era culpable, y que el pesar que le causaba la pérdida de su protectora no debía hacerle olvidar la memoria de su verdadera madre. Ninguna tumba existía de ésta sobre la cual pudiera ir a rogar la joven; entró en el jardín y se detuvo ante el banco fatal. Jamás se había atrevido a sentarse en él, pues le parecía una profanación. Algunas veces había visto mujeres que en él se sentaban para hacer calceta, y cuando veía que se alejaban limpiaba la arena con su delantal, borraba las manchas, y se iba llena de ese santo respeto que se siente al entrar en las catedrales.

Aquel día todo estaba limpio y fresco como si el parque se hubiera abierto por primera vez. Los bancos, pintados de nuevo, brillaban como placas de metal bruñido; las hojas de los bojés relucían bajo la neblina matinal condensada en gotitas sobre la delicada película; la arena, recién traída, crujía bajo los pies y alegraba la mirada por su dorado color. Sobrecogida, a pesar suyo, por esa sensación de primavera que tan fuertemente obra sobre todas las naturalezas, Marcela entró penetrada de extraña sensación, como si algo esperara.



¿Vive usted en este barrio?

¿Habría algún día aquel banco hasta entonces mudo? Una alucinación bendita, ¿haría que viese otra vez el vestido obscuro, la manteleta ajada, el sombrero de paja, humilde traje cuyos detalles habían quedado grabados por modo indeleble en su infantil memoria? En tanto que seguía el tortuoso sendero, pareció a la joven que iba a ver en una de las revueltas aquella imagen querida, conservada en su espíritu por un esfuerzo prodigioso de memoria y voluntad.

Al llegar a aquel sitio, bien conocido, levantó los ojos y se

NUEVA CASA CONSISTORIAL DE MORLEY

Esta población del condado de York en Inglaterra cuenta hoy de 15.000 á 20.000 habitantes, y á pesar de un vecindario tan relativamente corto, su progreso y bienestar, debidos al trabajo, la han puesto en situación tan floreciente, que ha podido construir un palacio verdaderamente monumental para su Ayuntamiento, invirtiendo en él la suma de dos millones de pesetas. La inauguración de este hermoso edificio se efectuó el 15 de octubre último, celebrándose con tal motivo un brillante banquete, en que los principales vecinos, presididos por M. Asquith, á quien se debe la iniciativa de dicha construcción, formularon entusiastas votos por el progresivo desarrollo de su ciudad natal.



NUEVA CASA CONSISTORIAL RECIENTEMENTE INAUGURADA EN MORLEY (condado de York, Inglaterra)

MISCELANEA

Bellas Artes. - MUNICH. - En la última exposición de los secesionistas muniquenses se han vendido 124 obras, algo menos de la cuarta parte de las destinadas á la venta, por valor de 275.000 pesetas. Entre los compradores figuran la Pinacoteca y la Glipoteca de Munich, el príncipe regente de Baviera, el gran duque Sergio de Rusia y los reyes de Rumanía.

LONDRES. - En la Nueva Galería ha celebrado la Sociedad de Pintores retratistas una notable exposición, en la cual, junto á las obras de los maestros en esta especialidad, figuran excelentes cuadros de muchos pintores jóvenes, especialmente escoceses.

BERLÍN. - Entre las varias adquisiciones para los museos de Berlín hechas durante el segundo semestre del presente año, merecen especial mención varias obras de arte para la sección

de escultura cristiana, y en primer término la notable colección de Mr. Henry Pfungst, de Londres, cuyos principales ejemplares son: los bustos del secretario pontificio *Conte del Negro*, de mediados del siglo XVI, y una estatua de *David*, de Donatello. De la misma colección forman parte un *San Jerónimo*, de Bertoldo; una estatua de *Marco Aurelio* de mediados del si-

Necrología. - Han fallecido: Max Hauschild, notable pintor arquitectónico que trabajó durante gran parte de su vida en Italia.

Otón Ehlers, célebre viajero alemán, muy conocido por sus exploraciones en la Africa oriental y en la India y autor de varias interesantes obras de viajes.

glo XVI; los grupos de *Hércules y Nessos*, de Juan de Bolonia, y de *La virtud y el pecado*, de Cellini; un *Mercurio de Tacca*, y varias figuras de animales. Durante el mismo período se han comprado para la Galería Nacional y por valor de 67.500 pesetas varios cuadros, esculturas, acuarelas y dibujos de Piglheim, Handrieser, Brutt, Diez y Richter.

Teatros. - París. - Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le fils d' Aretin*, hermoso drama en tres actos y un prólogo en verso de Enrique de Bonnier; en el Odeón *La demande*, bonita comedia en un acto de Renard y Docquois, y *La crise conjugale*, comedia en tres actos de Berr de Turique; en el Palais Royal *Le remplaçant*, graciosa comedia en tres actos de Busnach y Duval; en los Bufos Parisienses *La belle épicière*, opereta en tres actos de Decourcelle y Keroul, con muy bonita música de Varney; en el Vaudeville *Viveurs*, interesante comedia en cuatro actos de Enrique Ladevan; en el Ambigu-Comique *Le capitán Floreal*, drama en cinco actos y seis cuadros de Moreau y Depré; en la Opera Cómica *Xavier*, idilio dramático en tres actos de Luis Gallet, tomado de una novela de Fernando Fabre, con bellísima música de Teodoro Dubois; en la Gaité *Panurge*, opereta en tres actos y diez cuadros de Meilhac y Saint-Albin, con bonita música de Planquette, y en el teatro de la República *Les aventures de Thomas Plumepatte*, comedia de espectáculo en cinco actos y doce cuadros de G. Marot.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1873 1878 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;
 ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. In frasco, frascos 5, 3 y 1 fr. 60
 E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS,
 y en las principales Poblaciones marítimas.
 MADRID: Melchor GARCIA, todas farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito **ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS,** y FARMACIAS.
 Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS.**
 EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.ª

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 8' St-Denis, 10

LIBROS EN VENTA A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS SITIOS DE GERONA EN 1808 Y 1809, por *Emilio Grahit*. - Mayor espacio del que consiente esta sección necesitaríamos para dar siquiera ligerísima idea de esta obra, cuyo tomo segundo se ha publicado recientemente. El Sr. Grahit, comprendiendo que la importancia del tema escogido exigía una descripción completa y detallada, ha realizado un trabajo notabilísimo bajo todos conceptos, repleto de datos á cual más interesantes y rigurosamente históricos, tomados de los documentos de la época y especialmente del *Diario de Gerona*, no omitiendo hecho ni episodio alguno que pueda contribuir al verdadero conocimiento de aquellos sitios que immortalizaron el nombre de la ciudad catalana y llenaron páginas gloriosísimas de la historia española. El libro que nos ocupa, á su interés histórico une, aun para los que prescindan de este punto de vista, el que tienen todas las narraciones de las grandes epopeyas, llenas de hechos altamente dramáticos. Es, en suma, una obra completa que merece toda suerte de alabanzas y que demuestra las excepcionales dotes de historiador que á su autor adornan. Los dos tomos se venden en las principales librerías de Gerona, Barcelona, Madrid y Valencia al precio de diez pesetas cada uno.

CRÓNICAS DE LA ANTIGUA GUATEMALA, por *Agustín Mencos F.* - Elogios incondicionales merecen cuantos se consagran á la tarea de salvar del olvido las interesantes tradiciones de los pueblos. En América son varios los escritores que con gran éxito cultivan este género, y por no citar más que uno mencionaremos á D. Ricardo Palma, cuyo nombre, bien conocido de nuestros lectores, ha logrado imperecedera fama en el nuevo y en el viejo continente. El notable escritor guatemalteco, D. Agustín Mencos, de la Academia Española, ha seguido el ejemplo y ha reunido en un tomo veinticuatro tradiciones de la antigua Guatemala, dignas de figurar al lado de las del gran literato peruano, pues además del interés histórico que revisten, están escritas en lenguaje elegante y castizo que revela al prosista de buena cepa. Las tres primeras ediciones del libro se agotaron rápidamente, y este es el dato más elocuente para probar la bondad del trabajo del Sr. Mencos. La obra ha sido impresa en Guatemala, tipografía de El Comercio.

DOCE POESÍAS, por *Francisco A. Gamboa*. - El distinguido poeta salvadoreño Sr. Gamboa ha publicado, coleccionadas en un tomo, doce de sus más inspiradas composiciones, en las cuales abundan los rasgos de imaginación y los acentos apasionados que por lo general constituyen la característica de los vates americanos. El libro ha sido impreso en San Salvador, tipografía La Luz.

DISCURSO LEÍDO EN LA ACADEMIA GADITANA DE CIENCIAS Y ARTES, por *V. de Grau y Cambray*.



LA PEQUEÑA AMBICIOSA, grupo en yeso de José Alcoverro

- Se ha publicado la segunda edición de este discurso que el Sr. Grau y Cambray pronunció en 13 de julio de 1884 en la citada academia. En él se hacen resaltar las excelencias de la fe y de la religión, tan necesarias para la vida del espíritu humano para comprender los grandes misterios de la creación. Ha sido impreso en Jerez, imprenta de El Guadalete.

GUÍA POPULAR DE HOMEOPATÍA, por *Moore*. - Hemos recibido un ejemplar de la tercera edición de esta obra, editada por la gran farmacia homeopática Gran Alá (Unión, 8, Barcelona) con un catálogo ilustrado de los artículos que expende esta casa. Esta tercera edición está corregida y aumentada por el reputado médico homeópata Dr. J. Sabater, y va acompañada de unas indicaciones homeopáticas tomadas de los mejores autores, pudiendo afirmarse que constituye un libro indispensable para todos los amantes de la doctrina de Hahnemann. Véndese en la citada farmacia al precio de 1'50 peseta.

REVISTA POLÍTICA IBERO-AMERICANA. - A causa del sensible fallecimiento de D. José Marco, director que fué de la revista *Pro patria*, ésta se ha refundido con la *Revista política Ibero-Americana*, que se publica en Madrid bajo la dirección de D. Gabriel R. España, y al frente de cuyas secciones literario-histórica, de política interior y de política exterior están D. Víctor Balaguer, D. Emilio Castelar y D. Gumerindo de Azcárate. El número 2 de esta nueva revista contiene notables trabajos de los Sres. Canalejas, Altamira, Balaguer, Becerro de Bengoa, Hauriou, Castelar, Azcárate, Dorado, Sanz y Escartín, Gutiérrez Abascal, Pons, González Serrano y Ontañón. Suscríbese á esta revista en la calle de la Bola, 8, Madrid.

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS efectuadas durante 1893 en el Observatorio de Villafranca del Panadés, publicadas por el director D. José Baltá de Cela. - El observatorio de Villafranca del Panadés, fundado por el Sr. Baltá de Cela y por él sostenido sin subvención ni auxilio del gobierno ni de corporación alguna, presta grandes servicios al estudio de los fenómenos meteorológicos, y de ello es buena prueba el folleto que motiva estas líneas: en él se consignan minuciosamente las observaciones de toda especie efectuadas durante el año 1893, constituyendo un trabajo concienzudo y de mucho interés científico, por el cual felicitamos á su autor.

DESDE BELÉN AL GÓLGOTHA, por *Federico Flores Galindo*. - Poema en siete cantos, escrito en armoniosos tercetos por el conocido poeta peruano Sr. Flores Galindo. Como su título indica, describe en él la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, desde su nacimiento hasta su crucifixión en el Gólgota: lleva como apéndice una poesía, *El Crucifijo*, imitación de Lamartine. Ha sido impreso en el Callao, imprenta de Pareja y compañía.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anémia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteración de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrófulosas** y **escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Pildoras y Jarabe
DE
BLANCARD

Solucion **BLANCARD**
y
Comprimidos
de **Exalgina**

Con **Ioduro de Hierro Inalterable.**

ANEMIA
COLORES PALIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,
UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo
y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**; **Bronquitis, Asma, etc.**

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad, etc.**

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas **PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Grazeas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las pérdidas.**

Las **Pildoras** que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con **BISMUTHO y MAGNESIA**

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalotes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS.**

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura **CATARRRO**,
BRONQUITIS,
OPRESION

ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, Fcos, 102, R. Richelieu, Paris.